

fantasía

A man in a blue suit and red tie is holding a handgun in his right hand, pointing it upwards. He is standing in front of a house with green siding and a red picket fence. The scene is set outdoors during the day.

AVENTURAS COMPLETAS

**TUG TRANSOM
CABO SAVINO
ALAMO JIM**

UNA CLAVE PARA EL RENCOR
LA MUERTE DE UN REBELDE
UN BRAVO DOMADO
LA LUNA ROJA





SUMARIO

EL CAMINO DE JIM, por A. Martínez.	
El solitario jinete prosiguió su camino, ese camino de la vida lleno de dificultades que, por suerte, él lograba superar.....	Pág. 4
EL CAMINO DE TRANSOM, por Alfred Sindall.	
había erigido en su propia ley y había vuelto hacia él, el castigo de los años.....	Pág. 17
EL CAMINO DE BRAVO DOMADO, por Jack Fellow.	
El vencedor fue convirtiéndose en un hombre de fe y claros razonamientos.....	Pág. 37
LA CLAVE PARA EL RENCOR, por Gonzalo Hernández.	
Nunca es tarde para aquéllos que han encontrado el camino de la verdad.....	Pág. 48
LA LUNA ROJA, por Alan Kesington.	
La vida de un hombre peligraba, y las pasiones en pugna movían los resortes de la vasta organización de espionaje.....	Pág. 62
EL CABO SAVINO, por Martínez.	
Se apretón de manos demostraba que también por la sangre pampa corría la nobleza y la gratitud.....	Pág. 74
LA MUERTE DE UN REBELDE, por W. Edmunds Claussen.	
El viento y el verde las colinas le dieron la grata bienvenida al pueblo, pero no todo iba a ser grato para el joven. La muerte también ondebaba allí.....	Pág. 86

ÁLAMO JIM

En: Pueblo bravo



GUIÓN: MARTINEZ

Eseñeado por Esteban para Columberos

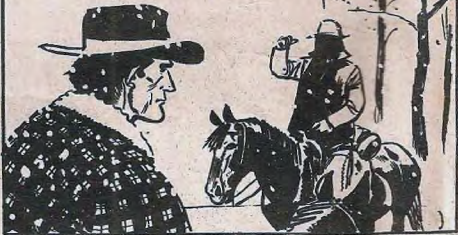
DIBUJOS: C. CASALLA

¡OIGA, AMIGO!

¿QUÉ SUCEDE, SEÑOR?

¿FALTA MUCHO PARA LLEGAR AL PUEBLO?

SÓLO PASAR ESE MONTE, PERO LE ACONSEJO QUE DESVÍE LA RUTA.



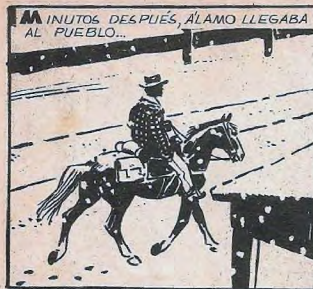
ESE ES UN PUEBLO BRAVO. SIGA MI CONSEJO.

¿TAN PELIGROSO ES...?

SI TIENE MUCHA CURIOSIDAD, AVÉRIGUELO POR USTED MISMO.

¡CARAMBA CON EL AMIGO!





¡LUEGO DE UNOS PASOS, LLEGARON A LA OFICINA DEL SHERIFF.

¡SIENTESE, MUCHACHO...



CREO EN LO QUE DIJO PERO QUIERO DARLE UN CONSEJO. NO SE QUEDE UN MINUTO MAS EN ESTE PUEBLO.



¿PUEDO SABER LO QUE SUCEDE?

LA GAVILLA DE DON GREGORY DEBE ESTAR BUSCÁNDOLO, AMIGO JIM.



¿UNA BANDA DE CRIMINALES SUELTA EN EL PUEBLO? ¿Y QUE HACE USTED SHERIFF?

RECORDAR MEJORES TIEMPOS, MUCHACHO. EL PUEBLO ESTÁ SOMETIDO A GREGORY...



¡PARECE MENTIRA, SHERIFF! ¿Y QUÉ TIENE ESE GREGORY PARA SER TAN FUERTE?

¡LA BANDA MÁS PELIGROSA DE TODO EL CONDADO!



EN ESE MOMENTO LLAMARON A LA PUERTA...

¡ABRA, SHERIFF, SOY DIEGO!

¡EL SEGUNDO DE GREGORY!



¡ABRA LA PUERTA, SHERIFF!

¡NO, DIGA DESPUÉS QUE NO LE AVISE!



¿ESTE ES EL HOMBRE, SHERIFF?

¡SÍ, YO SOY EL HOMBRE! ¿ALGO MÁS?



¡ME LLAMO DIEGO SIERRA Y SOY EL SEGUNDO DE...!

¡IDE UN FULANO LLAMADO GREGORY! ¿VERDAD?





NO SE DE DÓNDE VIENE,
PERO ES TIPO DE CUI-
DADO, CREEME, DON.



¡NO ME DIGAS QUE NO
HAS PODIDO ACABAR
CON UN SOLO HOMBRE!



¡ES UNA
LUZ CON EL
'SEIS TIROS'!

¡UN RABANO! ¡HAY
QUE LIQUIDARLO Y
CUANTO ANTES!



VOY A LLEVARME A UNOS
HOMBRES. ESE TIPO PUEDE
HABER TRAÍDO COMPANÍA.



¡LO QUE QUIERAS! PERO
TERMINA CON EL FULANO
CUANTO ANTES.



MIENTRAS TANTO, EN EL PUEBLO.

¡VAMOS AL SALOON A BUSCAR
UNOS CUANTOS VOLUNTARIOS
SHERIFF!



¡NI LO PIENSO, ALAMO! ¡ESTE ES
UN PUEBLO BRAVO, PERO CUIDA
DEMASIADO SU PELLEJO!



**AL HACER SU ENTRADA AL SALOON, ALAMO OBSERVÓ A UN
HOMBRE ALTO Y DESGARRADO.**



¡DANNY
CORBURN!

¡EH ... ¡ALAMO
JIMI!



¡EL TESTARUDO
DANNY!

¿QUÉ HACES CON ESA
ESTRELLA? ¿HAS E-
CHADO RAÍCES AL FIN?

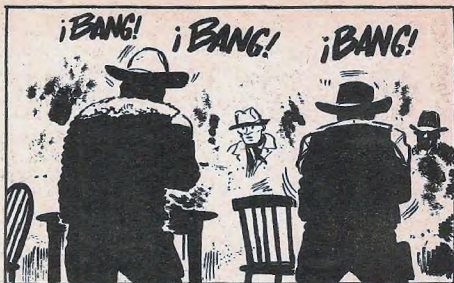


¡NADA DE EGO, DANNY!
¡SOLO SOY AYUDANTE
DEL SHERIFF!

¡NO CAM-
BIAS NADA
ALAMO!







SON USTEDES MUY VALIENTES... PERO DON GREGORY NO DESCANSARÁ HASTA LIQUIDARLOS

NO SE PREOCUPE MÁS, SHERIFF... ¿VAMOS, ÁLAMO? EL HOTEL ESTÁ JUSTO ENFRENTA DE AQUÍ



MIENTRAS TANTO...

¡Y SE LE HA UNIDO UN GRINGO ALTO QUE ES UNA LUZ PARA DISPARAR! ¡POR QUE NO NOS LARGAMOS? ¡PUEDEN QUE ESOS NOS TRAIGAN DISGUSTOS!



¡SILENCIO, IDIOTA! ¡ESTAMOS MUY COMODOS AQUÍ! ¡SI NOS FUERAMOS LEJOS TENDRIAMOS A LOS FEDERALES DETRAS DE NUESTROS CABALLOS!



¡VAMOS A TERMINAR CON ESOS TIPOS! ¡YO MISMO ME ENCARGARE DE ELLOS! ¡DA AVISO A LOS HOMBRES!



¡YA MISMO, DON!

¡YA VERÁN ESOS IMBÉCILES LO QUE LES COSTARÁ HABERSE ENREDADO EN MIS ASUNTOS!



LA MAÑANA SIGUIENTE, ÁLAMO Y DANNY SALIERON DEL HOTEL...
¡UN MOMENTO, AMIGOS!

¿QUÉ SUCEDE?



DESDE MI RANCHO VI A DON GREGORY Y A SUS HOMBRES VENIR HACIA AQUÍ.

¡MUY AGRADECIDO, SEÑOR! ¿VAMOS, DANNY? ¡CREO QUE DEBEMOS PREPARARNOS!



SE DIRIGIERON HACIA LA OFICINA DEL SHERIFF...

¡HOLA, MUCHACHOS!

¡DON GREGORY Y SUS HOMBRES VIENEN HACIA AQUÍ, SHERIFF!



¡DON GREGORY! ¡YA VEN LO QUE YO LES DECÍA!

AÚN ESTAMOS VIVOS, SHERIFF... VAMOS A PREPARAR UN PLAN.



DON GREGORY, SEGUIDO DE SU CUADRILLA, ENTRA AL PUEBLO...

¡LAS RATAS COBARDAS SE FUERON A SUS CUEVAS! ¡VAMOS AL SALOON!

¡LA CARA QUE VAN A PONER LOS GRINGOS!



Y AL ENTRAR AL SALOON, VIERON AL SHERIFF...

¿UN REPRESENTANTE DEL ORDEN BEBIENDO EN HORAS DE FUNCION, SHERIFF?

¡YA NO ME QUEDA NADA MÁS QUE ESTO, GREGORY!



¡Y LA VIDA, SHERIFF! ¿DONDE ANDAN ESOS VALENTONES?

¡LOS MUCHACHOS SE HAN LARGADO CON VIENTO FRESCO, GREGORY!



¡JA, JA, JA! ¡UNA BUENA IDEA! ¡A VER, ESTÚPIDO, WHISKY PARA TODOS!



¡DE VEZ EN CUANDO HAY QUE CELEBRAR ALGO. Y MIS MUCHACHOS TIENEN QUE TENER ALGUNA DIVERSION!

LOS HOMBRES SE ABALANZARON SOBRE EL MOSTRADOR, A LOS POCOS MINUTOS YA NI PODÍAN MANTENERSE EN PIE...

¡SÓLO SIRVEN PARA MATAR Y BEBER!

¡YA BASTA, MUCHACHOS, Y EN MARCHA!



¡TIENES MUCHA RAZON GREGORY! ¡SÓLO SIRVEN PARA MATAR Y BEBER!

¡QUIÉN DEMONIO...!

¡LOS GRINGOS!

¡LAMENTARÁN HABERSE QUEDADO! ¡MATENLOS!



¡ESTÁN DEMASIADO BORRACHOS! ¡EL PLEITO SE VA A DEFINIR EN PAREJA! BUENA IDEA, ¿NO ES CIERTO!



EL MEJICANO NO LOGRO DESENFUNDAR...



¡EL CINTURÓN AL SUELO, GREGORY!
Y NINGÚN MOVIMI-
ENTO RARO!



¡ESO ES LO
QUE TE CREES
IMBÉCIL!

GREGORY MONTÓ RÁPIDAMEN-
TE EN SU CABALLO...



¡ALTO GRE-
GORY!

¡TOMA, VIEJO
INFELIZ!



¡HASTA LA VISTA, CONDENADOS!



¡ESE NO VA A ESCAPAR!
¡ATIENDAN AL SHERIFF!



¡UN MOMENTO,
GRINGO!

¿QUÉ QUIERES?



¡GREGORY SE DIRI-
GE A SU CABAÑA Y
EN ELLA HAY TRES
HOMBRES MÁS!

¡TENDRE
QUE IR CON-
TIGO ALAMO!



¿Y QUIÉN CUIDA
A ESTOS HOM-
BRES?

¡NOSOTROS,
ALAMO! ¡ES-
TOS NO ES-
CAPARÁN!



¡PRONTO LOS DOS HOMBRES MONTARON
EN SUS CABALLOS Y PARTIERON...

¡¡ALLÁ! DISTINGO SU CABALLO!



¡CON CUIDADO, DANNY! ¡SON
CUATRO HOMBRES CONTRA
DOS!



¡CORRAMOS, DANNY!



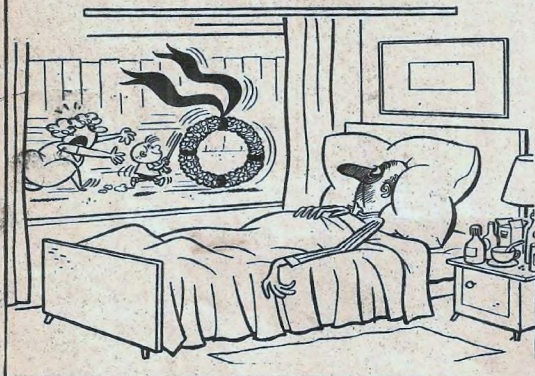




HUMORADAS



-¡Juancito!! Qué casualidad encontrarte!! ¡Hace años que no te veía!



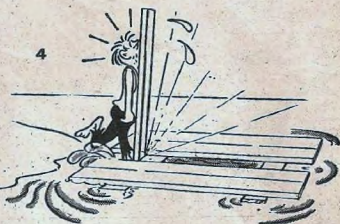
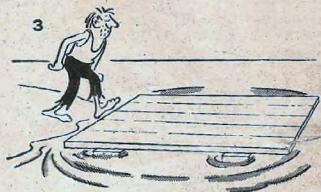
CONTABILIDAD Y REDITOS

Aprenda por correo contabilidad moderna y/o réditos en 25 lecciones. Envíe este aviso y su nombre y dirección a

RYAN

CONTADOR PUBLICO

Av. MONTES DE OCA 636 Bs. Aires



TUG TRANSOM

en: REENCUENTRO

Por ALFRED SINDALL

Escaneado por Esteban para Columberos

Luego de dos largos viajes, el "Dulcie May" atraca en Glasgow.

¿Recuerdas aquella noche pasada en el castillo de Calgeith, Alfie?



Extraña historia, Alfie. ¿Seguirá allí Mary Mc Vale, encerrada con esos dos vejedores?

Hum... Tendría ganas de ir a comprobarlo, pero a ellos no les gustaría.



Hace un año que la recibimos. Está dirigida a "Lord Tullow, muelles de Glasgow". No lo hemos podido encontrar.



En un bar de los muelles de Glasgow...

Apuesto a que es la letra de Mary... Es una hermosa letra.



Sí que la recuerdo... Muchas veces he pensado en Mary Mc Vale.

¿Quién es ella, Alfie?



Se me antoja que estas enamorado de esa chica.

¡Vamos! ¡Cállate, Haggis!



Pues acaba de encontrarlo, amigo. Yo soy Lord Tullow.

¡Vamos, no bromees!



El viejo Mc Vale no escribiría, y dudo de que Kincaid sepa tomar una pluma.



Creo que le contamos algo sobre la excursión que hicimos para espiar.

Lo recuerdo vagamente, Haggis... Y entiendo que no fue un éxito. Usted quedó rengueando durante tres semanas.



Esta es su correspondencia, capitán Transom. Ah... aquí hay carta para un tal Lord Tullow. Dudo de que lo conozca.



¿Eh?

Es cierto, caballero. Ocultar su nombre es una de sus ocurrencias.

No conozco la letra. Fue despachada en "Calgeith".



Lástima que estuviera aquí por un año sin ser contestada. Seguramente, la pobre chica no ha recibido carta durante años.

¡Caramba! ¡Escuchen esto!



Es de Mary. Dice: "Después de haber hablado con usted y el señor Mc Quade, creo que debo huir del castillo de Calgeith...".



¡Qué horror! ¡Escapó, y probablemente lo hizo por mi culpa!

¿Qué edad tiene esa chica?



Sospecho que Londres la atemorizó, y que hace tiempo que ella volvió al castillo.

¿Que volvió, dices? ¿A esa casa?



En Londres, en la agencia naviera de Josh Mullen...

Bien, Josh. Eso es todo.

¿Cómo está la señora, Josh?



En el night-club "The Chicanery"...

¿Qué amigo le recomendó este lugar, Josh? Este boliche apeseta.



"Es inútil pedirle permiso a mi padre. Voy a Londres por mi cuenta. Si va allá algún día, espero que me visite".



Unos veintidós... pero es inocente como una criatura, capitán. Cualquier cosa puede pasarle en Londres.



¿No crees que al menos habrá escrito, y que su padre tiene su dirección?

¡Eso me da una pista! Iré a preguntárselo a él, le guste o no.



¿Mi madre? Muy bien. Cree que el Dulcie May es el mejor barco de la historia. "Da-le mis carinos a esos dos muchachos", me dijo.

¡Ejem!



Tengo algunos amigos estúpidos. Lo siento. ¿No quieren que llame a un par de chicas para bailar?



"Su sincera amiga, Mary Mc Vale".

Patético, Alfie. Ha de creer que Londres es un pueblo grande, donde todos se conocen.



Mira, Alfie. Mc Quade y yo volamos esta noche a Londres a ver a Josh Mullen. Puedes venir con nosotros, pero Dios sabe cómo empezamos a buscar a la chica.



Vete allá, Alfie, y luego pregúntale a Craigie a qué número nos puede llamar en Londres.



¿Algo nuevo en Londres, Josh?

Mucho. Especialmente un night-club que me han recomendado. ¿Lo quieren conocer?



Yo no, Josh. Pero vea si puede conseguirle una a Mc Quade. Es un experto en la gavota.



Josh Mullen trae a una chica del night-club.

¡Caramba! Parece distinta a las chicas de su profesión, mi querido Haggis. Ni siquiera está maquillada.



Hace apenas un día que entramos la carta que usted le envié a Alfie.

Ahora ya no importa...



No hay mucho que contar... Huí del castillo de Calgeith y llegué a Londres con unos pocos chelines y una sola muda de ropa.



Sí, hay en las estaciones de Londres tipos que buscan a chicas que no tienen dónde ir.

Sí. Eso lo sé ahora.



¿En qué consiste su trabajo, Mary?

Sentarme con los hombres, hablar con ellos, y bailar si así lo desean. El señor Vorsetti quiere que haga otras cosas..., pero... no las he hecho.



¡Mary! ¡Mary Mc Vale!



Lo siento, pero tienen que pedir una bebida para mí. Es la regla.

No se preocupe. Entendemos.



"No había pensado a dónde ir ni qué hacer. Me sentí muy sola y asustada".



Me alquilé un cuartito y me consiguió este trabajo a prueba durante una semana.



Sé que es una vida triste, pero este trabajo me permite vivir. Solía pensar en conseguir empleo en alguna linda tienda...

¿No me recuerda, señorita?

¡Pero si es... el señor Mc Quade!



Bueno... ¿qué ha sucedido con usted, Mary?

Oh, nada bueno... ni malo... ni interesante.



Pero un hombre me encontró en la estación, y me dijo que me ayudaría.



Pero el patrón, señor Vorsetti, está conforme conmigo ahora. Dice que agrado a muchos clientes porque soy diferente de las demás chicas.



... pero el señor Vorsetti se enfureció cuando se lo dije. Por eso no me atreví a hacer la prueba.



¡No, por favor, capitán Transom! ¡No arme camorra!



El señor Vorsetti tiene unos matones llamados "vigilantes".

Ya lo sabemos, hijita.



Quédese tranquila, querida Mary. Ellos... ah... explicarán a Vorsetti que usted se va a retirar.



¡Pero los van a lastimar, señor Mullen! ¡Oh, no saben con qué clase de hombres van a enfrentarse!



En los fondos del centro de diversiones...

Un par de marinos dice que tiene una cita con usted, patrón.



Parece listo, y eso no me gusta. Se mete en mi despacho, y tampoco me gusta. Se sienta sobre mi escritorio, y me gusta menos aún.



Nadie se lleva a mis chicas de aquí, marinero.

Pues le ayudaremos a romper esa costumbre. Nos llevamos a Mary Mc Vale.



Lo saben, hijita. Pero no se aflija. Tug y Haggis están adiestrados en una escuela mucho más ruda que la de estos matones.



Vorsetti quiere vernos. Dice que es urgente.

¿Eh?



¿Marinos? ¡No quiero saber nada de ellos!



¡Claro que quiere, Vorsetti! ¡Sólo que no lo sabía!



Usted tiene aquí a una amiga mía llamada Mary Mc Vale. A ella no le gusta su trabajo.



Ya le gustará. Hay cosas que aún debo enseñarle.



Echenlos. Y golpeen duro, ¿eh? Denles una buena paliza, para que se acuerden.



¿No sabe que eso es ilegal, muchacho?



Tiene la espalda cubierta, capitán.



Gracias, señor Mc Quadé.



Un mortífero golpe de karate, ponle fuera de acción a uno de los rufianes.



Un puño cerrado dispide el brillo ominoso de unos aros de metal.



¡Cuidado, muchacho! Creo que este es un auténtico mueble Chippendale.



Transon ejerce una salvaje presión sobre los dedos rodeados por los anillos de metal.



Su amigo es algo ruidoso, capitán.

Acertada observación, señor Mc Quadé.



Bien, no se quede ahí inmóvil, mi querido Haggis. Haga algo con él.



Sólo pensaba en una cosa, capitán: verlo así a Vorsetti. ¡Ja, ja, ja!

Estoy fascinado.



¡Uuughh!



Está bien, grandote. Pero tengo hombres de protección que pueden convertir su piel en lonjas.

"Protección", ¿eh?



Tug zarandea a Vorsetti hasta que le rechinan los dientes.

También yo tengo algunos hombres. Unas tres docenas de marineros que son verdaderas fieras.



Es grandioso tener una mente creadora. Veamos qué podemos hacer con el señor Vorsetti, ¿eh?



¿Le gustaría que una noche su club se convirtiera en una hoguera... con usted metido en ella?



- Está bien. No quiero problemas... Llévense a la chica.

¡Muy bien! Ahora hablemos de negocios. Vuélvase, señor Vorse.

Vamos, muchacho. Haga como él dice.

Negocio limpio y nada de rencores. Ese es mi lema.

Le estoy preparando un cheque por 200 libras. Lástima que insistiera en hacer un duro regateo, aunque sé que a cierta gente le gusta regatear.

Está bien, Mary. Vámonos. Está todo solucionado con el señor Vorse.

¿En serio? ¡Yo creí que iba a oponerse tenazmente!

Un momento, amigo. Nuestras chicas no abandonan el local con los clientes. Es una norma del club.

Está bien, Lennie. Mary ya no trabaja para nosotros.

¿Quiere volver al castillo de Calgeith, Mary?

Tendría que decirle a mi padre, el señor de Mc Vale, lo que he estado haciendo, y él pensaría lo peor. No podría evitar su ira.

Usted lo conoce, señor Mc Quade. Sabe lo... lo extraño que es.

Sí.

No, No podría hacerlo, aunque lo quisiera.

Lo que Mary necesita es un trabajo, un lugar donde vivir y alguien que la cuide como un verdadero amigo.

Ya conseguiremos a esa persona, Tug...

...pero creo que mientras tanto, lo mejor será que una chica con sentido maternal la tenga a su cuidado.

¡Daisy Webber!

¡Pero claro! Vayamos a West Kensington, Josh.

¿Quién es Daisy Webber, señor Mc Quade?

Una ex-coriista que tiene una corazón de oro. Es una antigua amiga nuestra.

Ayudó al capitán cuando lo quisieron culpar de un crimen. Ahora es dueña de una cadena de lencerías.

¡Tug! ¿Cómo estás, querido?

En el lujoso departamento
de Daisy Webber...

Esta es Mary Mc Vale, y ne-
cesita alguna ayuda, Daisy...
¿Podrías cuidarla durante
algún tiempo?



Lo que pasó es
que...

Por la mañana, en un hotel
de Londres...

¿Consiguió ponerse en
comunicación con Crai-
gie en Glasgow, Haggis?



Alfie afronta a dos hoscos mo-
radores del castillo: el señor de
Mc Vale y su sirviente Dougal
Kincaid.

Hola, Kincaid. ¿Está el señor
de Mc Vale?



¿Ha tenido el atrevimiento
de volver acá, Lord Tullox?

No por gusto. Sé que
no le agradan los vi-
sitantes.



No me culpe a mí. ¡Usted fue
quien convirtió este montón
de piedras en una cárcel! ¡Por
eso huyó ella!



¡Controle su sucia lengua!

No importa la historia
en este momento, Tug.
¿No se dan cuenta de
que esta chica está por
caerse de sueño?



Sí. Le dije que hemos
hallado a Mary Mc
Vale.



Eso lo alegrará
a Algie.

¿Quién es, Dougal?

Uno de los dos mari-
neros que es-
tuvieron aquí el año
pasado.



Pero recibí una carta de
su hija, escrita hace un
año. Así me enteré de que
había huido.



Está bien. Lamento
haberme irritado.
Sólo he venido a
averiguar dónde
está ella.



Ven, preciosa, y acuesta-
te. Luego hablaré con
estos estúpidos hombres.



Es demasiado tarde para
decírselo. Anoche, Alfie
salió para Calgeith, y alif
ha de estar ahora.



¡Aaah! Hazlo entrar.



¡Sí! ¿Y quién la indujo
a hacerlo, artero seduc-
tor?



Mi hija está muerta. ¿Qué
otra cosa esperaba usted?

¿Eh?



¿Mary está muerta?

Mi propia hija... ¡Me abandonó, como antes lo había hecho su madre, atraída por las engañosas palabras de un hombre!



Usted me la quitó... La convirtió en una mujer dedicada al pecado... en una intocable... indigna del nombre de Mc Vale.

(Este viejo está delirando.)



Desde Glasgow, Craigie telefona a Transom.

No, Alfie aún no ha regresado, capitán. Y hace tres días que salió para Calgeith.



En el departamento de Daisy Webber...

Eso es todo lo que sabemos, Mary. Alfie ha desaparecido.



El señor de Mc Vale no pudo haberle hecho nada a Alfie. ¿Por qué habría de hacerlo?



Usted no lo conoce, capitán. Tiene una mente tenebrosa.

¡Sí! ¡Ella está muerta para mí! ¿Cree usted que el señor de Mc Vale puede volver a considerarla hija suya?



¿Acaso cree que al venir acá, lleno de su maldito orgullo, va a evitar la retribución que se merece?

¡Escuche! ¡Usted no me ha entendido!



¿Ha hecho averiguaciones?



Sí. En los hospitales, por si se hubiera accidentado. También llamé a la policía de Calgeith.

Fue al castillo, y desde entonces nadie lo ha visto. Pero, según su padre, Alfie no fue allá.



Y Kincaid no es más que un simplón, que hará lo que su amo le diga.

Usted se encarga de todo aquí en Londres, señor Mc Quade. Yo vuelo hacia el norte, para hacer una visita al castillo de Calgeith.



¡No diga tonterías, maniaco anticuado! ¡Ella es una chica magnífica! ¡Cree que estaba realmente muerta! ¡Por lo que más quiera, tratemos de encontrarla!



A una señal de su amo, Kincaid descarga un golpe aniquilador sobre la nuca de Alfie con su poderoso puño.



Enviaron a un oficial al castillo, pero el señor de Mc Vale contestó que no lo ha visto a Alfie desde hace un año.



¿Crees que eso es verdad, hijita? Por lo que me has dicho, tu padre es algo extraño... y peligroso.

Daisy, estoy... ¡estoy asustada!



Yo iré con usted, capitán. ¡Tengo que ir!



No es necesario que me acompañe, Mary. Sé que su padre la atemoriza.

Sí. Pero es en Lord Tullow en quien estoy pensando...



Transom vuela hacia el norte, acompañado por Mary Mc Vale.



Es ella. La que fue su hija. Ahora viene con otro marino.



Padre, éste es el capitán Transom.



No saludo a ninguno de los dos.

En otros tiempos, un señor de Mc Vale hubiera dispensado justicia a las personas de su dominio.

Sí... ¡Justicia! ¿No teme pronunciar esa palabra, capitán?



Mi padre y Kincaid le dijeron a la policía no haberlo visto, y a usted le dirán lo mismo, capitán.



Pero yo puedo sacarle la verdad a Dougal Kincaid. Sólo necesito estar cinco minutos a solas con él para eso.



Echaré unas bromas con su padre, mientras usted trata de hacer que Kincaid actúe por propia cuenta y le diga la verdad.



La mano de la Providencia pone las cosas en su lugar: ¡No debo vacilar en lavar el nombre de Mc Vale de la vergüenza que cayó sobre él! Hazlos entrar, Dougal.



¿Por qué viene a mi casa, capitán? ¿Y por qué la deshonra, trayendo a esta mujer pecadora dentro de sus muros?



Está equivocado, Mc Vale. No tiene por qué avergonzarse de su hija.

¡No tengo ninguna hija!



No. Y me es difícil explicarme cómo el actual señor de Mc Vale puede juzgar a su hija sin ofrta.



Bien. Que sea así. Usted hablará por ella.



Entonces te dejaré para que hables con el capitán Transom, padre.

Te prohíbo que me hables, y mucho menos como una hija.



Ven y háblame en mi viejo cuarto, Dougal. Oh, sé que piensas mal de mí, pero siempre has pensado lo mismo que mi padre.



Bien, ¿qué tiene que decirme?

(Tengo que dejar que Mary averigüe sobre Alfie.)



De modo que mi amigo Lord Tullow estuvo aquí! Y usted le mintió a la policía!



¿Qué ha hecho, Mc Vale? ¿Qué ha hecho con Lord Tullow?

He hecho con él lo que debo hacer con usted, capitán.



Dougal, llévate a esta otra persona mientras yo escucho al capitán.



¡El está equivocado sobre mí! Y estoy apenada por lo que he hecho... es decir, si Lord Tullow ha venido acá.



Su hija es una gran chica, y lo quiere a usted, Mc Vale. No huyó para dedicarse a una vida de pecado, como usted dice.



¡Sí! Tuvo la audacia de entrar en la casa que él cubrió de vergüenza. La ley no lo puede castigar como él se lo merece. Pero aquí, en el castillo de Calgeith, yo soy mi propia ley.



Y con esa perversa criatura que alguna vez fue mi hija.



¿Sabes lo que hay que hacer? Sí.



Una pesada llave clausura la cerradura.

¡Dougal!



Palabras melosas... y falsas, como las dichas por ese joven malvado cuando volvió por acá.

(¡Alfie! ¡Estuvo aquí!)



El estupor y el temor por la suerte de Alfie, hacen que el instinto de conservación de Transom actúe con tardanza de una fracción de segundo.



En el subsuelo del casti-
llo de Calgeith, cerrado
por macizas piedras...



Kincaid actúa la manivela de una
vieja grúa, y una pesada loza es
levantada de su lecho.



Kincaid recoge la cuerda.

¿Voy ahora a buscarla a Mary?

¡Trálo abajo!



¡Sí, tráela. ¡Y que
nunca te vuelva a oír
pronunciando ese nom-
bre, Kincaid!



¡Padre! ¿Sabes lo que estás
haciendo?



¡Doug! ¡Por mise-
ricordia! ¿No ves que
tiene la mente tras-
tornada?



Todo lo que sé es
que él es el señor
de Mc Vale.



La enorme losa vuelve a ser
colocada en su sitio.



La vergüenza de los Mc
Vale está enterrada aho-
ra, Doug, y con ella,
el que la causó.



Que nunca vuelvan a ver la
luz del día mientras yo viva.



Transom recobra el sentido,
en medio de una profunda os-
curidad.



¿Mary...? ¡Sí. Estoy aquí.

Mi padre ha hecho esta
cosa horrible... Lo sien-
to...



Me temo que esté
loco, Mary.

Escalones... Pero sólo
conducen a un muro sin
salida.



Creo que esto fue un
depósito, hasta que
mi abuelo lo hizo ta-
piar.

Mientras el fósforo encendido
por Tug se apaga ...



Tranquícese, Mary. Sé
quién debe ser. ¡Vamos,
Alfie! Sal de ahí. Somos
nosotros.



¡Lord Tullow! ¡Oh!
Gracias a Dios, no es-
tá herido.



¡No debí traerla acá! No
sé cuánto tardaremos en
llegar muriendo, pero no
será algo agradable.



Yo no sabía lo que había
pasado. Y necesitas estar
loco sólo para pensar que
la traje a propósito.

Lo siento, capitán...
Estoy un poco ner-
vioso.



¿Y quién no lo estaría? Pero
de algún modo saldremos
de aquí, Alfie. Y ahora, llé-
vanos en una jira de ins-
pección.



GOTITAS DE ALEGRIA



-Sí, sí; me gusta este
abrigo, querida.



Aquí hay una especie de paracaídas. Dos veces por día, me envían agua y comida, en un pequeño canasto.

¿Y luz?



Hasta ahora, una vela y algunos fósforos. Pero yo he estado usando una mecha de hilo retorcido, empapada en grasa de comida. Me proporciona una hora de luz por día.



Esos hombres están locos. Son capaces de no volver a enviarnos una vela.

¡Es peor que matarnos! ¡Oh, que Dios perdone a mi padre!



Mc Quade sabe que Mary y yo hemos venido acá. Y cuando vea que hemos desaparecido, pondrá realmente en acción a la policía.



No podemos abrirnos paso a través de estas paredes con una navaja. Esa losa del techo es la única entrada o salida de este subsuelo.



Unas horas después de haber sido Tug y Mary bajados al sótano clausurado...

¡Despierta y enciende esa vela, Alfie!



Bien, aquí está nuestro punto de apoyo.



-El señor de Mc Vale y Kincaid pueden distraerlos durante días. Y aunque la policía consiga una orden judicial de inspección, le costará trabajo encontrar este escondite.

Estas vigas de madera, habrán sido dejadas aquí cuando tapiaron la entrada. ¿No se podría alcanzar la losa con una de ellas?



-¿Eh...? ¿Se le ha ocurrido alguna idea, capitán?

Bueno... Arquímedes dijo que si se le daba una palanca y un punto de apoyo, podría levantar el mundo.



-¿Tienes tu cuchillo, Alfie? Tenemos que desgastar una viga hasta que tenga la altura apropiada, y darle un extremo redondeado.

Sospecho que dejarán de mandarnos agua apenas se les haga la primera pregunta. Entonces, estaremos perdidos...



Podríamos levantar a plomo una de las vigas, Mary, pero esa losa ha de pesar mucho más de media tonelada. Ni siquiera la podríamos mover.



Nosotros tenemos que levantar sólo media tonelada.



Probablemente nos llevará un día entero. Tendremos que ahorrar la vela y trabajar la mayor parte del tiempo a puro tacto.



Parece estar a punto, capitán. ¿Le damos un vistazo?



Mary enciende la preciosa vela.

Perfecto, Alfie. Y ahora te tomas un descanso. Empezaré a desgastar una concavidad en la viga que hará de palanca.



Ahorre la vela, Mary. Puedo trabajar al tacto.



A media noche, en el sótano tapiado del castillo...

Es un poco larga, Alfie. Necesitamos que el extremo esté a una distancia de poco menos de diez centímetros del techo.



Hum... Y dejemos un poco inclinado el extremo de la viga para que se ajuste a la superficie de la losa a medida que ésta se levante.



Estoy ahorrando la vela en todo lo posible.

Mary, usted es una maravilla.



A las dos de la madrugada...

Está un poco ajustada, capitán.



Luego de horas de trabajo, queda instalado el sistema de palanca.



Tiene que estarlo. Acuéstate y dale un golpe con el pie, Alfie. Yo sostendré el peso.



Mary, prepárese a ir colocando estas maderas bajo la viga de palanca a medida que nosotros vayamos levantando la losa.

Sí, entiendo.



La base redondeada de la viga de empuje descansa en el cuenco de la viga de palanca, y su extremo superior es acunado contra la losa del techo.

¡Ahhh...! ¡Ya está!



Bien, súbete de a poco, Alfie. Yo mantendré el pie en el suelo, para evitar que la viga se mueva hacia los costados.



Tug y Alfie bajan de a poco la viga de palanca.

Parece que va subiendo, Alfie. Tú avanza un poco más hacia arriba.



Lentamente, la viga vertical asciende, levantando la pesada losa.



¡Sube! ¡Quédate ahí, Alfie! Mary, vaya colocando las cuñas debajo de la palanca.



Las cuñas en su lugar. Queda una luz de media pulgada. Pueden bajar con cuidado ahora.



Hum... Está sólidamente asegurada.



No creo que pueda trepar esa viga. Es demasiado gruesa.

No tendrá que hacerlo, Mary.



Tú te quedas aquí con Mary. No podemos dejarla sola. Iré a buscar una cuerda, para levantarlos a ambos.



Hay un depósito en el pasillo contigo al comedor, capitán. Allí encontrará cuerda.



¡Pero tenga cuidado! Dougal... es muy extraño. A veces, se pasea durante la noche.



Con cuidado, Transon trepa la viga vertical.



Perfectamente.

¿Todo bien, capitán?



(Kincaid se ha llevado la cuerda. Tendré que buscar en el depósito.)

CIRULAXIA

SUAVE LAXANTE

JARABE Y

GRAGEAS



Consulte al odontólogo. Buches con CLORANGIOL SOLUCION antiséptico, desodorante, calmante eficaz. CLORANGIOL SOLUCION, auténtica solución para la salud de su boca y garganta.



Clorangioli
SOLUCION

Tug se desplaza hasta el comedor, y luego entra en el pasillo.

(Aquí está el depósito.)



(Y allí está el rollo de sogas. No hay señales de Kincaid merodeando.)



Mientras Tug vuelve con la cuerda...

(Una luz en el comedor...)



La gaita enmudece. Pero Kincaid, con atuendo de gaitero, emerge de la habitación como marchando a un son que sólo él escuchara.



En un mundo de su propia creación, Kincaid marcha a compás de una quejumbrosa melodía que sólo se oye en su imaginación.



El cabo de la cuerda se zafa del rollo... y va a hacer impacto en un gong.



¡El inglés!

Transom habla con suavidad. No haga alboroto, Kincaid. Ya lo ha habido suficiente. Váyase a dormir y...



¡El señor de Mc Vale me dio la orden!

"Que no vuelvan a ver la luz del día mientras yo esté con vida".



Ágil como una pantera, Kincaid se abalanza.



¡El señor de Mc Vale no está en su juicio! ¡No puede tener a la gente encerrada en un calabozo! Y usted podría ayudarlo si... ¡Kincaid!

El gigantesco escocés da un salto mortal sobre el hombro de Tug.



¡No sea loco, Kincaid!



Una enorme mano se cierra sobre la empuñadura del espadón caído.



Transom levanta a Mary, y luego arroja la cuerda para que suba Alfie.

Kincaid estaba de recorrida. Trató de descuartizarme con un espadón.



Transom ha logrado sacar a los otros dos prisioneros del sótano.



¡Humo!

El humo comienza a expandirse fuera del castillo de Calgeith. Y dentro, las llamas se difunden rápidamente.



Iré a buscar a su padre, Mary. Usted y Alfie procuren arrastrar afuera a Kincaid, antes de que se ase.



Transom avanza errante en medio de una espesa humareda y de un calor abrasador, buscando al señor de Mc Vale.
¡Mc Vale! ¡Pobre diablo enloquecido! ¡Morirá si no lo encuentro a tiempo!

¡Santo Cielo! ¡Pobre Dougal!

Bueno... es un punto de vista.



¡Dios mío! ¡La casa se incendia!

Mira: parafina. Y no por accidente.



Ya no viviré con la vergüenza que mi propia sangre y mi propia carne han arrojado sobre mí.



¡Mc Vale! ¡Escúcheme!



La maldad florece, y sólo el fuego podrá destruirla.



(Tuve suerte al dejarlo fuera de acción... pero me gustaría salir de acá antes de que la suerte cambie.)



Como la cera se derrite con el fuego, que así perezcan los malvados.



¡Déjeme ir con él!



¡No! ¡Sujétala, Alfie!

¡La casa de Mc Vale ha sido tiznada por la vergüenza! ¡Pero la mano de Mc Vale la limpiará con fuego!



Mientras Kincaid es arrastrado a la intemperie...



¡El señor de Mc Vale! ¿Dónde está el señor de Mc Vale?



EN EL TIGRE

Por SAGI'S



- No trague tanta agua, querida suegra. Le puede hacer mal...



- Bueno, ahora que ya conoce los movimientos básicos de la natación...



- Usted es el tipo que desconfía en dejar la ropa en la casilla, ¿no?



- ¡Despierta, Tito! ¡Me parece que hay marejada!



- Si usted no sabe nadar, Leonardo, le aseguro que a la mínima creciente, va a tener grandes problemas...



- ¡Oh! Me olvidé decirle, Andrés, que todos me llaman "Herme", a socos.

UN BRAVO DOMADO

Por JACK FELLOW

DIBUJOS DE FERNÁNDEZ

John Mundin no era así cuando tenía veinte años y amansaba caballos en Amarillo, su sitio natal.



Su hermano menor, Tim el pelirrojo, era quieto pero también muy simpático.

Mi hermano John es el crédito de la familia. Pero a mí me gusta más domar chicas ásperas.



John Mundin tenía hermoso carácter. En Amarillo, Texas ...

¡Pagaré una vuelta de whiskey a todos !



En Hawai, adonde lo enviara el padre ur esposa. Porque un día, el tejano John Mundin tomó esposa.

Papá tiene la mayoría de sus intereses en Hawai.



La fiesta de casamiento de John Mundin fue un reflejo fiel de su carácter amplio y curioso.

¡Ahora su capital aumentará en un cincuenta por ciento, suegro! ¡J. M. va a Hawai con su flamante esposa !



Tim "Red" Mundin iba a extrañar mucho a su único hermano.

¡Todos extrañamos a John! Era como un paquete de pólvora, pero inofensiva.



Mientras Tim seguía su vida de campo con otros amigos de Amarillo-como Foster Deery, ese muchacho taciturno de la vecindad, John Mundin era el motor de esa plantación en Hawai.

¿Te dije que aumentaríamos las ganancias del viejo, amor mío?



Hasta que un día domingo llegaron aviones japoneses. Y bombardearon.

¡Margaret! ¡Margaret...!



Terminando aquel infierno que barriera con tantas vidas humanas, John Mundin se hallaba con un cadáver al lado.

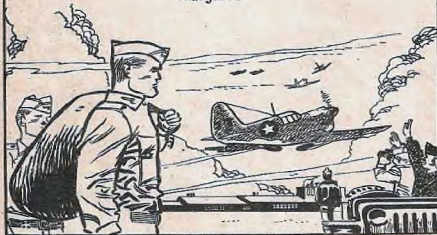


¡No! ¡A ti no, Margaret!

El bombardeo significaba la guerra contra el Imperio del Japón. Un hombre de anchas espaldas, gran altura, fuerte como un buey y mirada de fiera herida, fue de los primeros en enrolarse: "John Mundin es mi nombre", dijo.



¿Qué había sido del domador de carácter franco y bochinchero? El otro John Mundin estaba enterrado, junto a Margaret.



Ingresó a la aviación. Le daba lo mismo montar un potro que un 'P.38'.



¡Buena suerte, John!

John Mundin ya no sonreía. A lo sumo levantaba su gruesa mano que se parecía a una roldana de acero, y contestaba el saludo.



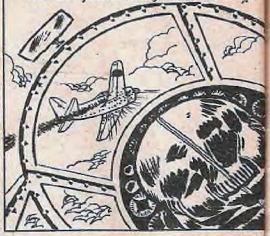
¡Allá va! ¡A cazar su enemigo!

A veces cuando el tejano tomaba unas copas, se refería a esa obsesión. Lo hacía con breves palabras. Generalmente todo se resumía a decir:

¡Nueve! El próximo es el número diez, ¿verdad?



Contaba con fruición los aparatos volteados. Porque era de los mejores. De ojo certero y mano firme.



Antes de la guerra amansaba potros; oficio duro que realizaba con una sana sonrisa. Seguramente conocía su trabajo como cualquiera de nosotros el jardín de su casa. Y se ponía menos loco que nosotros mismos cuando descubrimos un hormiguero.

¡Bravo, John Mundin! ¡Así se hace, John!



Sereno en su tarea, convertía en sabrosa mantequilla al más pálido potro de las llanuras. Pero eso era en años anteriores.



(Cuando no existía Margaret en mi mente.)

La guerra no le interesaba. Quería vengar la muerte de la amada.

¡Corcel! ¡Quince! ¿Y el que sigue? ¡Pues es el dieciséis!



Formidable artillero y piloto, pasaría a la escuadrilla del coronel Hatzel, como segundo maestro de pilotos.

No me gustan los tejanos en la aviación. Son poco serios.



Fija la mirada en John Munding, aclaró: El capitán Munding reivindica a toda esa polvorienta tierra del Oeste. ¡Es un guapo de verdad!



John Munding ni siquiera sonrió. Le bastaba con cumplir como piloto.

Poco a poco, "J. M." se convirtió en una de esas figuras legendarias que están siempre deseosas de volar...

¿Qué? ¡Al demonio con ese parte meteorológico! ¡Yo vuelo!



... y por lo mismo protesta cuando se lo impiden.

¡Munding! ¿Quieres que te aplaste la nariz de una trompada? Deja tu venganza para mañana, viejo.



Una sola vez el pícaro coronel Hatzel logró sacar de sus casillas al capitán "J. M.". Y hubo box del bueno en esa isla del Pacífico. La pelea fue por otra cuestión del tiempo que se obstinaba en mostrarse borrascoso. Munding quería salir, y Hatzel se negó.

¡Prefiero hablar contigo y no "hablar de un muerto", idiota!



Munding había demostrado varias veces que era capaz de vencer al enemigo y al tiempo, juntos.



Hatzel le gritó en la tarde de esa épica pelea: "¡Eres uno de esos individualistas que me cansan! ¡Un idiota, finalmente!" Se calzaron los guantes y pelearon duramente cuarenta y cinco minutos. Ganó Hatzel, aunque ambos permanecieron en pie. Pero Munding tenía los dos ojos cerrados.



A pesar de ese castigo no se sometería a la disciplina, y Hatzel concluyó por aceptarlo así, "ya que era de la pasta de los valientes".

(¡Lástima que la guerra se haya convertido en algo personal para él.)



No cambiaría el hombre ni siquiera cuando llegaran otros tejanos a su escuadrilla. Tim Mundin entre otros.

¡Hermano! ¡Me han contado de tus hazañas!



El pelirrojo sabía cuánto dolor había en su corazón de domador.

No hagas caso, "Red". En la aviación todos son unos charlatanes.



Tim observaba a su hermano mayor. Lo notaba tranquilo.

Los más tranquilos en apariencia son los que con más intensidad saben odiar, chico.



Es una pena, pero John, bajo su exterior apacible, oculta una angustia sin límites.

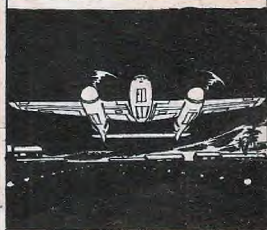


El día aquel en que abatí cuatro "Zeros", saltó a tierra con el semblante pálido, y los labios apretados.

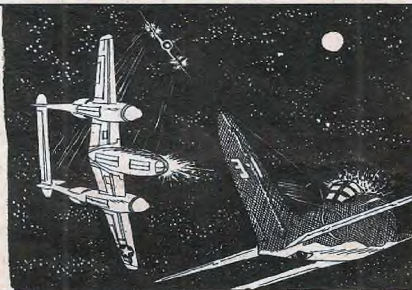
El mérito es todo de mi avión. ¡Y no me hablen más de la cosa!



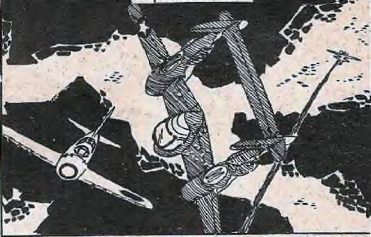
Volvió a salir esa noche, aunque se sintiera fatigado. Lo llamaban al deber y allí corría.



En cielo límpido y claro persiguí a un aparato nipón sobre territorio filipino. Otro se le vino encima pero no pidió ayuda. ¿Pedir ayuda el-indestructible "J. M."? ¡Nunca!



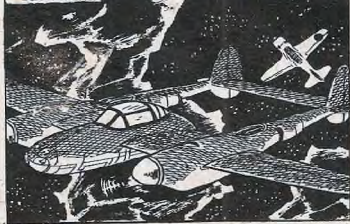
Hasta esa noche, por lo menos, tuvo razón. Se sacó de encima a uno de los rivales y atacó al otro, impetuosamente.



"Con frecuencia es fácil destruir un "Zero" con un solo impacto", decía John Mundin en las contadas ocasiones que estaba conversador. Pero ahora había visto la sonrisa del enemigo y no quiso voltearlo.



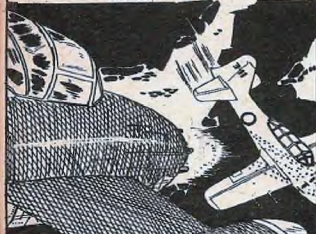
Ese japonés se parecía a Tim, su hermano. En la sonrisa, por supuesto. No era el clásico nipón. Su enemigo debería ser muy buen mozo.



El espejismo duró un minuto. No más. John Mundin se gritó: "¿Qué tantas contemplaciones? ¿O te estás volviendo loco? El "Zero" atacaba..."



"Quiere tu muerte", se gritó el famoso piloto. Y rompió el fuego contra ese desconocido.



El "Zero" estalló, proyectándose fuera del espacio en amplia cabriola.

¡Ya está, John Mundin!
¡Veintidós!



En el quieto cielo nocturno... no había más rivales. "J. M." regresaría triunfante una vez más, surcando los espacios donde las estrellas formaban un almálico brillante. ¡Una hermosa noche... porque fue una noche de actividad y gloria!



No contó a Tim el episodio sucedido con el japonés "que se le parecía", pero tuvo para el hermano un gesto tierno y fugaz, pasándole la mano por los rojos cabellos.

¡Qué noche, hermano! ¡Te digo que preferiría estar con Nancy!



Tim comprendió tardíamente que al hermano mayor no se le podía hablar de mujeres.

Perdona, John. No quise...



"¿Qué? ¡Sigue hablando de Nancy, Tim! ¡Sigue contándome de esa linda tejana!", contestó "J. M.", extrañamente suavizado. Y mientras Tim hablaba de Nancy, John pensaba en su tierra del Oeste."



Al pelirrojo lo cambiaron de escuadrilla, destinándolo a una de las islas Salomón. John respiró. "De oficinista tiene asegurado el futuro", dijo a Foster Deery, el vecino allá en Amarillo, que también luchaba en la escuadrilla del coronel Hatzel.



Porque cuando a Tim "Red" Mundin, lo dejaron como oficinista en aquella isla del Pacífico, su hermano mayor pensó que estaba mucho más seguro.



Para la escuadrilla de Hatzel llegó un breve trillado de calma bélica.

(Ahora estoy de acuerdo con Mundin. ¡Nos vamos a oxidar!)



Todo lo bueno que eres como piloto, eres malo como pugilista, John.

"J. M. 'ideó la locura de ir en busca de los japoneses y sacarlos a pelear, pero eso dio ocasión a que cruzara guantes con Frank Hatzel, y en la emergencia ganó el coronel por 'K. O.'"



"Cada noche transcurrida sin volar, es una oportunidad perdida", gruñó Mundin al pequeño Foster Deery, su vecino de Amarillo. Y el cowboy no atendió la dura filosofía del domador.

¡Tengo veinticuatro aviones destruidos!
¡Veinticuatro menos!

¿Cuántos "Zeros" hay en actividad? ¿Cinco mil? ¿Diez mil?



"¡Eres un estúpido, tejano!", le gritó el piloto invicto.

¡Nunca gustarás de la miel de la victoria.



Los días se sucedieron, y "J. M." siguió dando respuestas de fuego al enemigo.

¡Veintiocho! ¡Veintiocho, John Mundin!



El "Zero" terminaría en el fondo del mar, luego de dar unas diez volteretas. John Mundin regresó a su base. Parte de la cúpula de su avión estaba manchada de sangre. Su reflexión lo asustó: Un centímetro más hacia adentro y la bala me habría atravesado el pómulo.



En realidad, Deery era muy poco piloto, y menos aún guerrero.

Añoro la vida del campo, donde usamos el avión nada más que para atacar a las lan-gostas.



Veintiocho que lo habían desafiado con nefasto resultado. John volvía a su base cantando.

¡Ahí volvió el loco! ¡Cada día más loco!



La herida del rostro le dolía mucho. Se pasó la mano y volvió a brotar sangre. Un lejísimo anticipo de adversidad pareció oprimirle el corazón. Le importaba un comino.

¡Me basto y sobro para cualquier ocasión! ¡Soy invencible!



"¡Mediano aviador, y candidato seguro a servir de blanco el día menos pensado!", pensó John Mundin el "as". Y desde ese momento casi ni saludó al vecino de Amarillo, Texas.

Una suerte increíble lo acompañaba en sus vuelos suicidas. Jamás había sido herido, hasta aquella tarde.

Te alcanzaron, John.



Sí, estaba un poco trastornado por la guerra.

(¡Junto a Margaret yo era el más feliz!)



Su primera, su única novia. Allá en Amarillo, "J. M." no tenía ojos más que para los caballos. Cuando en una tarde de triunfo había hecho una doma difícilísima sus pupilas encontraron las de aquella muchacha...



... fue como si en el cerebro de John Mundin hubiera habido revolución de maravillas. Un estallido con los ojos, la boca, las orejas y la naricilla de Margaret, la hija del adinerado hombre de Hawai.



Lo de después, puso gran alegría y gran luto en el alma de ese sencillo hombre del Oeste americano. Y fue el más disciplinado piloto; el más fanático guerrero.

Eres "el as" de la escuadrilla Hetzel, John Mundin.



Alguna clase de chistes no le gustaban en realidad, luego de la muerte de su mujer aceptaba muy pocos chistes-y dio buena tunda al otro. La cicatriz del rostro lo tenía malhumorado.

(Hoy volteo al número "treinta"!)



La escuadrilla estaba a sus órdenes, pues Hatzel se encontraba en las Salomón. Le llamaban "Whisky de Chicago", porque día a día era más inaguantable.

¡Vamos, vamos! ¿Tienen miedo de pelear con un día nublado?



Miró despreciativamente a ese pequeño Foster Deery.

(¡Un tejano que parece un pollo molido!)



Saltó a su aparato. Contento, apretando los dientes. Con él, siete aparatos más.



Desde esas alturas el Pacífico parecía una tibia verdosa. Los cazas apoyaban a los bombarderos maltratando instalaciones en poder del Japón. Era un vuelo bastante importante ese del cuatro de octubre de 1944.



Las defensas niponas eran desesperadas y por lo mismo doblemente peligrosas. Fuego en las islas, y en los cielos brumosos de ese día, más atento al nutrido fuego antiaéreo que a su ataque; el pequeño tejano Foster Deery escucharía una voz familiar.

(¡El capitán Mundin!)



En la radio de su avión, Deery escuchó la voz del jefe. Era una voz teñida de dolor, de espanto: "¡Estoy ciego! ¡Socorro!"

(¡Parece increíble! ¡Pide ayuda!)



Algo muy grave sucedería al domador de los aires cuando utilizaba frases: "¡Socorro! ¡Ayúdenme por el amor de Dios!-que en ocasiones sabía desdenar.

(¡Dice que está ciego!)



El homrecito de Amarillo miró en todas direcciones. ¡El aparato del invicto Mundin estaba allí cerca!

(¡¡Asciende! ¡Parece que se volvió loco!)



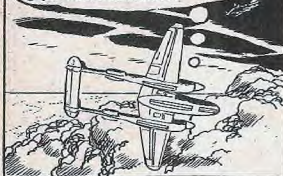
La máquina a cargo "J. M." parecía querer ir a la estratosfera.

(¡Está perdido!)



Fue en ese mismo momento, cuando el pequeño y desdénado Foster Deery, pensó que si Munding seguía trepando hacia los cielos, moriría.

(O está ciego, o se ha vuelto loco. ¿Qué habrá sucedido?)



Por la radio gritó su aviso al jefe de la escuadrilla: "Ponga la proa hacia abajo, capitán! ¡Hacia abajo, capitán Munding!"

¡Voy a ayudarlo! ¡(Si Dios me ayuda!)!



Hundió el acelerador, dándole la espalda a la escuadrilla. Si "J. M." estaba ciego por alguna sorpresiva razón... él iba a tratar de ayudarlo. El avión de Munding no dejaba estela de humo, indicadora de incendio. Pero continuaba subiéndolo.

¡Habla Deery! ¡Habla Deery, capitán Munding! ¡Ponga proa abajo!



Esta vez el mensaje llegó a oídos del piloto herido. Una granada antiaérea había hecho blanco en su avión, destruyendo la cabina y dejando mal parado al piloto. Sin saber lo que hacía, Munding iba hacia las alturas, en una ascensión lógicamente fatal.



Aturdido, cegado, sus ojos ensangrentados, y pilotando un avión que no podía gobernar, iba a la muerte.



"Ha llegado tu última hora, tejano", se dijo Munding. Y en ese momento otra voz nacida en el Oeste, hizo iluminar su negro panorama.

St... Foster... ¡De acuerdo! ¡El insignificante Foster Deery!



Si alguien podía sacarle del aprieto, era alguien era el "pobre" Deery, ese amigo de Tim; ese "don nadie". Siguiendo lo que le sugiriera el compañero de escuadrilla, Munding empujó hacia adelante la palanca de mando. A partir de ese momento las órdenes las dio Foster Deery.



La voz del pequeño Deery era serena, casi majestuosa, en el crucial momento del rescate: "Eche un poco hacia atrás. ¡Ahora nos ponemos a nivel, capitán!" Deery volaba ya a unos veinte metros de la cola del maltrecho avión de "J. M."

(¡Como lo han dejado al pobre!)



El rostro de Munding era algo penoso de ver. Los fragmentos de granada estaban en sus mejillas, en su barba, y lo que era peor, en sus ojos. Tomó la cantimplora y a tientas le quitó la tapa. Luego se refrescó el rostro. En el momento de golpear el agua en los ojos, vio como un relámpago de luz...



... pero en seguida volvió a las tinieblas.

¡Estoy ciego! ¡Ahora sí que estoy ciego!



El miedo le atenazó el estómago; estuvo a punto de volverse loco. Gritó: ¡Guíame a tierra, tejano! ¡Guíame a tierra, Foster! "

Vamos hacia el Sur, capitán. Y si Dios quiere...



¿Llegarían enteros a la base? "Casi sería mejor que Mundin se lanzara en paracaídas. ¿Pero, y si se desvanece?" se dijo mientras buscaba la mejor salida.

Vamos "a casa", capitán... Falta poco.



No le llegó respuesta. Miró a su avión y vio que trataba de volver a echarse agua.

¿Puede ver durante algunos instantes! ¿Y ahora por qué no?



Cuando su compañero de Texas le sugirió que se arrojará en paracaídas, gritó con un resto de energías: "¡No!" Abajo, el Pacífico lo esperaba con sus garras misteriosas, mortales.



Caer en esa masa de agua siempre era la pesadilla de los pilotos. Mundin se aterrizó pensando en lo que le sucedería, cayendo al mar y ciego. No podría librarse del paracaídas. Su muerte sería estúpida.

Foster... ¡Llévame a tierra firme, viejo. ¡Prefiero morir en ese intento!



Fue la primera vez que vio, nítida, hermosa, la carita de Margaret. Lo alentó, aún en medio de ese desastre.

Comprendido, capitán. Siga mis indicaciones entonces.



A los pocos minutos, Deery vio un crucero norteamericano que bordeaba una de las islas. Preguntó: "¿Estás algo mejor, jefe?" La ahora humanizada voz del domador de potros llegó hasta sus oídos: "Sí, viejo. Y si a pesar de todo muero en ésta, cuida de que mis cosas lleguen a poder de Tim".



"Ahora vire a la derecha", instruyó Deery, a tiempo que veía a Mundin con la barbilla contra el pecho.



¡Capitán Mundin! ¡Capitán Mundin!



Comprendió que no podían llegar a su base. Que debían descender en cualquier sitio, y eso significaba por ejemplo morir en manos de los japoneses.

¡Capitán Mundin, vamos a aterrizar!



Mundin pareció reaccionar ante las nuevas palabras del compañero.

¡Atención, capitán! Daremos una vuelta de dos siete, cero, y bajamos.

Lo que ordenes.



La voz del jefe era confusa. Se notaba que ya no tenía fuerzas. Mucha había sido la sangre perdida. La isla ahí estaba. Parecía solitaria. La pista de aterrizaje estrecha, difícil. O aterrizarían allí, o "J. M." se mataría. El pequeño Deery no lo pensó más.

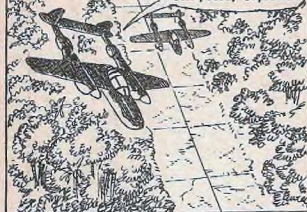
Enderese la proa, sin prisa. Despacio, el ala izquierda.

¡Así!



El momento decisivo iba a llegar. El momento del choque, del vuelco, del incendio, o de la muerte en manos extrañas.

Sin prisa, capitán.



Con desesperada fe en su propia conciencia, Deery fue dando órdenes al piloto encefaleado por brutal accidente. A pesar de su debilidad, el domador de Amarillo gobernaba su avión con pericia.



Cuando Mundin sintió que el aparato golpeaba contra el piso seguro, firme, sufrió como un ataque de nervios. ¡Estaba salvado! ¿Salvado? No era más que un decir. ¿Y sus ojos?

¡Es un castigo que acepto! ¡He sido un salvaje!



Impulsados por la excitación, los sentidos de John Mundin se sobrepusieron al dolor, y entonces pudo seguir las medidas y acertadas "órdenes del don nadi".



¡La bandera norteamericana, capitán! ¡Aterrizamos!

"¡Dichoso de ti que la puedes ver!", gritó Mundin con palabras que se le hicieron nudo en la garganta. Foster agregó: "Vamos en línea recta. Estamos a cien metros de la pista". Y en seguida: "¡A quinientos metros. Con cuidado. ¿Ya está? ¡Felicitaciones, capitán! ¡Y viva Texas!"



... y posteriormente una alegría, no completa, pero sí alentadora.

¡Te llamaremos! el tuerto domador!, John Mundin!

¡Tim! ¡Hermanito! ¡Por lo menos te veo con un ojo!



John preguntó por su salvador.

Se quedó en el Pacífico, John. ¡Como un valiente!



Un poco aturdido, "J. M." no entendió de primer intento "que el pequeño Foster Deery era una baja más entre las muchas de la guerra". Tim se lo explicó detalladamente. Luego habló de otras cosas. De Amarillo, de Nancy, del futuro limpio y sin odios, más allá del catorce de Agosto de 1945, día de la rendición nipona.



Tim volaba esa misma tarde a Tokio donde desempeñaba funciones en el equipo del general Mc Arthur. Llevaba en su ánimo las palabras de su hermano, el que fuera invencible domador, hombre de acción.

"¡Dile a todos los que se encuentren en apuros como yo, que tuve mucha suerte; que estoy vivo..."



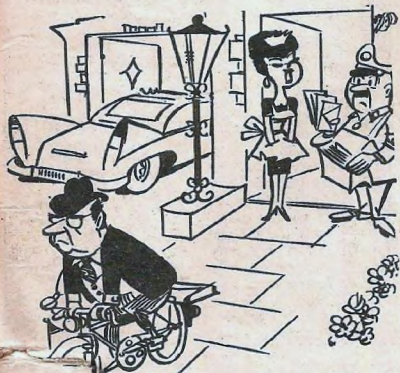
(... y que me alegro de estarlo!)



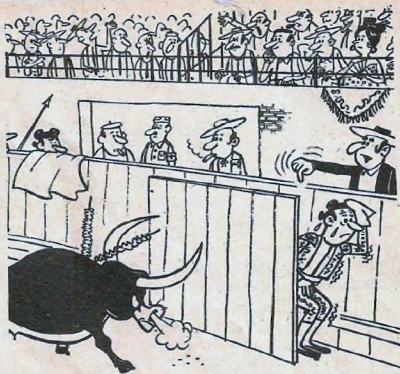
Saludable optimismo nacido en una noche total, larguísima, mientras el vulgar vengador, el demente ciego, fue convirtiéndose en un hombre de fe y claros razonamientos. En otro individuo, muy parecido a aquel simpático John Mundin, atleta y domador tejano. De Amarillo, por más datos.



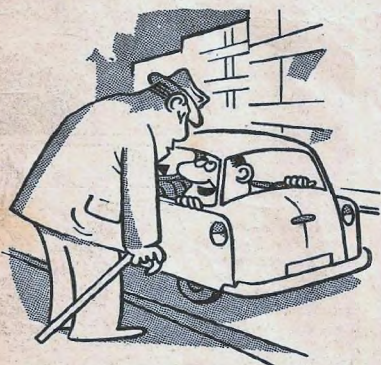
UN POCO DE BUEN HUMOR



-Ese es mi patrón. Se compró
el último modelo de bicicleta
sport...



-¿Qué ve de raro en nuestro
auto, agente?



-Lamento no poder decirle
cuánto gasto de nafta. Recién
hace seis meses que lo com-
pré.



-Llárame más tarde. Estoy en
la mitad de una extracción.

una clave para el RENCOR

Por GONZALO HERNANDEZ

DIBUJOS DE DI BENEDETTO

Los horrores de otra guerra han quedado atrás. Las tropas norteamericanas que estuvieron al servicio de las Naciones Unidas en la península de Corea, desfilan por la amplia avenida, recibiendo el saludo de la multitud. El teniente Bob Barton, aguarda ansioso el instante de la desmovilización para correr a los brazos de su madre. Su rostro no evidencia la misma alegría que los de sus camaradas. Acaba de enterarse que su hermano Jim y figura en la lista de los muertos en el frente de lucha.

El reencuentro con la anciana, reviste caracteres emocionantes. La madre, pequeña y débil figura entre los vigorosos brazos del hijo, sólo alcanza a musitar:

¡Gracias, Dios mío!

Luego, la penosa tarea de comunicar a la madre la triste nueva. La consternación, el llanto incontenible y posteriormente el consuelo que se busca y halla ante la imagen del Redentor.

Más tarde, lo que parecía imposible; la readaptación a la vida civil. El ingreso a la fuerza policial.

Te esperaba, muchacho. Confiaba en que te decidirías a ocupar el puesto que tu padre dejó vacante.

Porque su padre, el sargento Robert Barton, había caído en el cumplimiento de su deber. Bob, con su experiencia adquirida en el Servicio Secreto, no tardó en ascender.

Ya eres teniente, Bob.

La lucha contra el delito organizado, obliga a buscar el medio que contrarreste la acción de los delincuentes.

Se me ocurre una idea. Comisionado. Con la colaboración de un agente especial femenina...

... puede infiltrarse en los bajos fondos. Pasaríamos por una pareja de ladrones de guante blanco, proveniente de Inglaterra". El comisionado accede y súbitamente aparecen en los antracos del delito, "William y Myrna", que en realidad son Bob Barton y Sally Steele. Pero el hampa no acepta de buenas a primeras. Desconfía. Hay que ganar la confianza de los delincuentes, que ven en cada desconocido a un policía en potencia.

Es un trabajo lento y peligroso.

Me sirves. Tienes todo el aspecto de un mayordomo inglés. Esta recomendación de Sir Holliday te abrirá las puertas.

¿Quién es Sir Holliday?

Va. Y no hagas preguntas. Limitate a cumplir mis instrucciones.

Así una y otra vez. Nunca empleaba el mismo "cóm plice", ni éstos eran detenidos como tales. No transcurría una semana sin que una dama de las altas esferas fuera despojada de alguna valiosa joya. Pronto fueron aceptados sin reparos. Por supuesto, que el hampa ignoraba que las alhajas volvían intactas a manos de sus dueños. Los reducidos comenzaron a rondar a la periferia.

Es preciso venderles algo, Comisionado. El no hacerlo, puede despertar dudas.

Es cierto. Veré de hallar solución a ese problema.

El comisionado requirió la colaboración de una asociación de grandes joyeros, encontrando amplio espíritu de cooperación. A partir de entonces, "William y Myrna", comenzaron a tratar con reducidos locales. Las redes habían sido perfectas y científicamente tendidas. Sólo faltaba esperar la ocasión para recoger los frutos del esfuerzo. La oportunidad no demoró mucho en ofrecerse.

Con el día hoy, son seis los bancos asaltados. Bob. Los delincuentes están perfectamente organizados y desaparecen sin dejar rastros.

Se refiere a la banda de los "7".

Sí. Es evidente que disponen de fuentes fidedignas de información, porque siempre dan el golpe donde pueden lograr abultados botines. Creo que es hora de que "William y Myrna" justifiquen su existencia.

Será necesario lograr un enlace con la banda.

En efecto. Aquí tienes todos los antecedentes de los delitos. Estúdialos y procede en consecuencia.

¿Conoces estos brazaletes, Sam?

¿Cuánto pagas?

Su descripción aparece en todos los periódicos.

No le cupo duda alguna de que el enlace debía hacerse por intermedio de los reducidos. La banda de atracadores, no se limitaba a llevarse el dinero de los bancos. También despojaban las cajas de seguridad de los mismos. Una prolífica investigación permitió comprobar que algunas gemas, desmanteladas de joyas robadas de dichas cajas, habían aparecido en el mercado. La pareja comenzó a moverse.

Es un mercadería peligrosa. No puedo pagar más de diez mil.

Desmontando todas las gemas, vale cien, Sam. Dame treinta o busco otro comprador.



Está claro que a ustedes es difícil engañarlos. Te daré esos treinta mil.

Has accedido rápido; tentado estoy de pedirte más, pero como te necesito, me conformaré.



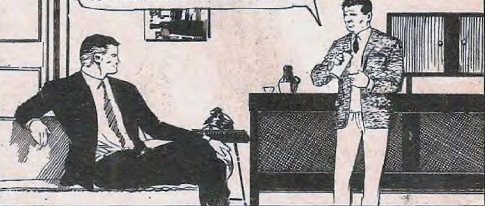
Al día siguiente, se concretó la operación. El reduccionista había quedado intrigado por la manifestación de Bob, en el sentido de que lo necesitaba y evidenciaba su curiosidad.

El sábado asistimos a una fiesta celebrada entre personas de alta categoría... banqueros. Cuatro de ellos celebraron una conferencia privada con el dueño de casa. Allí se habló de algo muy interesante...



... referido a una transferencia de fondos de un banco inglés a otro local... medio millón de libras esterlinas.

¡Cáspita! ¡Bonita suma! Pero... ¡no me dirás que piensas dedicarte a asaltar bancos!



No es mi especialidad, Sam. Estoy dispuesto a proporcionar todos los datos, previo un depósito de garantía en cierta cuenta bancaria.

¿Y si falla la operación?



No fallará, pero si eventualmente ocurriera esa contrariedad, podrán retirar el depósito con un cheque, para determinada fecha que entregará con garantía.



Por otra parte, y para disipar dudas, proporcionaré datos que permitirán comprobar que dicha transferencia habrá de realizarse. Naturalmente, me reservaré la fecha en que podrá darse el golpe con seguridad.



El asunto es interesante, mas no sé si podré ayudarte.

Si encuentras la manera, ya sabes dónde puedes hallarme.



Bob corría el riesgo de que el reduccionista pudiese en contacto con otra banda que no fuera la de los "77", pero en tal caso, bastaría con decir que la remesa de libras había sido postergada. Sin embargo, la Providencia estaba de su parte, porque dos días después fue citado por Sam.

Escaneado por
Esteban para
Columberos

Sube al coche, alguien te espera en el interior.

No pretenderás atracarme, ¿verdad? La calle es oscura y se presta para cualquier cosa.



Riendo por la ocurrencia de Bob, subieron al coche que Sam puso en marcha. En la oscuridad interior se ocultaba un hombre.

—¿Qué hay de ese medio millón de libras?

Em piece por decir por qué le interesan y quién es usted.



—Y, ¿cómo sé yo que usted no es un policía? Se notaba que el desconocido disfrutaba su voz.

¿Qué garantías ofrece para que me identifique? ¿Cómo puedo estar seguro de que no me va a vender?



El argumento es efectivo.

¿Oyó hablar de los '7'?

Aunque fuese sordo, sé leer.



Bien, soy el número uno de los '7', ¿conforme?

Por ahora sí. Espero que Sam le haya dicho de qué se trata.

Quiero más detalles.



Acleremos, señor número uno. Artículo primero, yo no soy un subordinado suyo para que me mande. Segundo, antes de entrar en detalles, tiene que depositar, ¿aclarado?



A pesar de la oscuridad, fue evidente que el jefe de los '7', hacía un esfuerzo para contenerse.

Está bien... disculpe, pero, tenía entendido que usted sum inistraría detalles susceptibles de ser com probados.



Pues ha entendido mal. Usted hace el depósito de la garantía, volvemos a vernos... bueno a encontrarnos, porque no nos hemos visto aún, y yo suministro los datos.

Perfectamente. ¿A qué cuenta y qué banco?



Olvide preguntar algo; la cantidad... Cincuenta mil dólares a nombre de Sally Steele, en el Chicago Bank.

¿No le parece mucho?



¿Sam, quieres parar el auto? Voy a descender.

¡Espere! Cërrem os trato y no sea tan susceptible. Depositaré esa sum a mañana mismo, pero no volveremos a encontrarnos.



Usted dirá lo que debe hacerse.

Detente, Sam. Bien, cien metros detrás nuestro, acaba de detenerse su propio automóvil, señor Williams. En el asiento posterior encontrará un portafolios con las instrucciones.



Bob disimuló su sorpresa.

Sería capcioso decirle que no trate de seguirme. La tapa del distribuidor la encontrará en el baúl de su coche. Adiós, señor Williams.



Adiós, señor número uno.

Aguarde... su voz me resulta conocida, pero no puedo ubicarla con exactitud... su nombre es supuesto, ¿no?



No me creerá tan tonto como o para usar el propio... En cuanto a mi voz... es tan fingida como o la suya.



Sin aguardar respuesta, Bob descendió del automóvil de Sam y se encaminó al suyo. De modo que se habían introducido en su coche para ponerlo a su disposición en el momento oportuno? Indudablemente, ese hombre no olvidaba detalle. Sería muy difícil engañarlo. Le asaltó el temor de que hubiesen revisado el vehículo y encontrado el transceptor disimulado en el tablero de instrumentos.

Afortunadamente, no lo encontraron, de otro modo estaría suelto el cabello pegado con cemento plástico.



Bob regresó al hotel, donde en habitaciones separadas, se alojaba con su compañera de labor. En el trayecto, utilizando la radio, había solicitado al Comisionado fuera a visitarlos. Cuando ingresó al hall del hotel, su jefe abandonó el bar y se introdujo en el mismo ascensor, aunque sin evidenciar que lo conocía. Otras personas penetraron en la caja del elevador.

¿Piso, señores?

Veintidós.

Quince.

Veintitrés.



Bob entró a su habitación y llamó a Sally por el teléfono interno.

¿Cómo te ha ido, Bob?

Por el momento, bien. En cuanto llegue el Comisionado explicaré todo.



Cuando ya les inquietaba la demora del jefe...

¡Jefe! ¿Por qué utilizó este medio para entrar?

¡Uff! Sfríven e algo fresco y baja la voz, antes de que todo el hotel se enteré de mi llegada.



El alto jefe policial, explicó que uno de los individuos que utilizaron el ascensor juntos con ellos, era el encargado de vigilar los pasos de Bob y Sally. El sujeto se había situado en un lugar, desde donde podía controlar todas las puertas del piso. El Comisionado se vio precisado a descender dos pisos por las escaleras y volver a subir por la de emergencia. Una vez que su jefe recuperó el aliento, Bob explicó lo ocurrido entre él y el jefe de los

175

Luego examinaron el contenido de los portafolios.

Aquí tenemos una carta mecanografiada con las instrucciones. Cuando quiera comunicarme con ellos, deberá publicar un anuncio en el "Times".



El texto debía rezar: "Freddy, tu esposa te espera". Al día siguiente, utilizando la clave adjunta, redactar la comunicación, colocarla en el portafolio y depositar éste en el depósito de equipajes de la Estación Central. De inmediato dirigirse a una determinada ruta y al llegar a un gran cartel de propaganda, cuyas características eran inconfundibles, arrojar la contraseña por la ventanilla del coche y alejarse rápidamente.

No cabe duda, jefe. Estos individuos están perfectamente organizados.

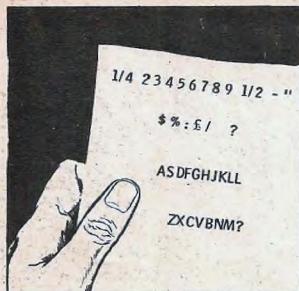
Y por lo visto, no te perderán pisada mientras procedes a cumplir sus indicaciones. Veámos la clave.



Ingeniosa, pero no muy original. Conozco el sistema.

¿A ver?





Está confeccionada con el teclado de una pequeña y antigua máquina de escribir portátil.

Es verdad, tu padre poseía una similar.

Es cierto. Mi hermano y yo la utilizábamos en nuestros juegos infantiles. Cada signo o número equivale a una letra del abecedario, por ejemplo: las comillas, a la "A", el número tres a la "E"; es muy sencilla.

-Dejemos eso ahora. Dime, Bob, cómo procederán para comunicarse contigo.

Siguiendo el mismo procedimiento, pero a la inversa. El anuncio en el "Times", lo publicarán ellos.

Bien, entonces sólo nos queda aguardar los acontecimientos. Manténgannos informado por medio de la radio del coche, de cualquier novedad que ocurra. Pondré a un hombre encargado de comunicarme vuestros mensajes.

Pues yo opino que esto de la clave es una inútil teatralería, porque si estamos vigilados, cómo está con probado, ¿qué objeto tiene?



Y ahora, salgan a dar una vuelta llevándose el canchero, que no tengo ganas ni fuerzas para practicar alpinismo o en las escaleras de incendio.

Habían convenido con el Comisionado que todos los días a las 13, se mantendrían a la escucha por la radio del coche, para recibir directivas, en caso de que fuese necesario. Tres días después, mientras cumplían la orden, el altavoz del automóvil emitió un llamado.

Atención... atención... COM llama a BB. Responda BB.

Aquí BB. Hable COM.

Los "7" asaltaron Banco Sexta Avenida. Urge acelerar desenlace. ¿Entendido BB?

Perfectamente, COM. Tomaré medidas.

Regresaron al hotel. Bob redactó un mensaje para el jefe de los asaltantes, pidiéndole que apresurara la comprobación de los detalles correspondientes, pues tenía información de que se adelantaría la entrega de las libras esterlinas.

Mientras yo concluyo con el mensaje, vete a insertar el anuncio en el periódico. Desde el coche, comunícate con el Comisionado y dile que me envíe a Thomas. No olvides pedirle que entre como lo hizo el jefe.

Media hora más tarde, el agente especial Thomas Adams, se hallaba en el departamento de Bob.

¿Qué ocurre, chico?

¿Siempre tienes a punto tu poderoso Alfa rojo?

Thomas asintió.

Pues llena los tanques de combustible, que mañana es muy posible debas correr a todo gas.

¿Qué debe hacer?

El jefe te habrá dicho lo que estamos investigando. Bien, mañana debes entregar un mensaje cifrado y necesito que observes a quien lo recoja.

Bob explicó a su colega el procedimiento que se emplearía para su entrega. Thomas debería recorrer la ruta con su coche de carreras sport, en actitud de quien se está entrenando o probando máquina. A una hora indicada, debería detenerse en una curva, como si examinase el motor y cuando viese pasar el coche de Bob, tendría que correr nuevamente, pasarlo y volver a detenerse a cincuenta metros del cartel publicitario.

Meterás la cabeza debajo del capot, pero estarás atento a lo que ocurra. Fíjate si el que recoge la nota se aleja en un vehículo, o qué medio utiliza para marcharse y me pasas la información por radio.

-Trata de no acercarte a esta casa con tu coche. No quiero que establezcan relación alguna entre ese vehículo y yo.

¿Entendido?

¡Dámela contraseña!

Perfectamente.

No obstante, y por cualquier eventualidad, estarás en una calle lateral a dos o tres cuadras de aquí, hasta media hora antes de la indicada, para que puedas intervenir si yo te lo pido por radio.



Al día siguiente, Sally fue a depositar el portafolios en el depósito de equipajes. Una vez cumplida la diligencia, debía regresar al hotel y entregar la contraseña a Bob, quien no quería llevar a su compañera en una misión que deseaba realizar solo. Pero ocurrió algo que alteraría todos los planes del agente especial. Cuando Sally, llevando en su bolso la contraseña volvió a subir a su coche...



A Sally no le quedó otro recurso que obedecer. De inmediato, otro sujeto que se ocultaba detrás del respaldo del asiento ocupado por la joven, abrió la portezuela y saltó del coche. Sally quiso mirar por el espejo retrovisor, pero los delincuentes lo habían levantado para que ello le resultara imposible. En cuanto a Bob, éste recibía un llamado telefónico.

"Tenemos a su dama. No se alarme. Si todo sale bien, ella será la portadora de su parte del botín. Esperamos detalles para realizar la operación convenida", dijo una voz por el aparato.

Hola... hola... Escuche.

Rápidamente, Bob trazó su plan de acción. Su interlocutor no había continuado en comunicación con él, pero por el timbre de su voz, había dado cuenta que se trataba del jefe de la banda. Retiró su automóvil del garage del hotel, no sin antes solicitar por radio la colaboración de Thomas. Mientras tanto, el jefe, luego de cortar la comunicación con Bob...

Como podrá advertir, señora, conozco al segundo de todos sus movimientos.

¡Felicitaciones! Ahora si no tiene inconveniente, puede explicarme a qué obedece este secuestro?



Nada más que a una elemental medida de precaución, estimada Myrna. Me ha costado mucho perfeccionar esta organización y no me agradaría que todo se derrumbara.

Tenemos tanto interés con o usted en que todo salga bien.



Me satisfaría en grado sumo que así fuese, pero, usted comprenderá que debo adoptar las providencias para evitar contratiempos dolorosos.



El siniestro aspecto de ese enmascarado y la velada amenaza que Sally adivinaba en su voz, hicieron correr escalofríos por su cuerpo. Sin embargo, apelando a toda su valor, logró disimular su miedo. En ese instante, otro encapuchado penetró en el cuarto y alcanzó una nota al jefe. Este leyó el comunicado e hizo señas a su secuaz para que se retirase.

No cabe duda que está usted muy bien informado.



Sally había advertido una marcada tendencia a la egolatría en aquel individuo y trató de impulsarlo a jactarse. "Ya se lo advertí, señora -prosiguió el jefe- Nuestros coches disponen de transceptores de frecuencia modulada, y variable. De tal manera que aunque logren captar sus señales, el súbito cambio de canal hace perder mucho tiempo a los de la policía".

Cuando logran captarnos nuevamente, ya hemos irradiado nuestros mensajes... en clave, naturalmente. Por lo demás, sólo nos reunimos en el lugar de los golpes y el reparto de utilidades se hace por correo.



Mishombres se desconocen entre sí, y nunca empleo nombres propios, sino números para mencionarlos. Así evito peligrosas delaciones o simplemente choques personales. Cada uno de ellos, es maestro en su especialidad y todos son excelentes tiradores con una "Thompson" en las manos. -Mientras el jefe se vanagloriaba de su organización, Bob proseguía la marcha por el camino que aquel mencionara.

El espejo retrovisor le mostró que el camino, a sus espaldas, estaba aparentemente desierto. Se puso en contacto radial con Thomas.

¿Qué dice el "gato"?



Siempre detrás del "ratón".

¿No es posible cazarlo?



El "gato" es muy goloso. Sabe que el ratón está en contacto con la cueva, donde los otros ratones siguen sus movimientos. Quiere cazarlo sin que ello provoque alarma en la guarida.



A despecho de la seguridad evidenciada por el jefe, era fácil deducir que las comunicaciones entre el coche que seguía a Bob y la casa del jefe, habían sido captadas por la Central, que a su vez las retransmitió a Thomas, cuyo equipo de radio permitía el enlace con aquella, mientras que el de Bob sólo servía para conversar entre coches y a distancias no mayores de tres kilómetros.

El "gato" deberá poner una trampa con un pedazo de queso bien fuerte. Tiene que ser en la próxima vuelta.

Voy en busca del sitio.



Instantes después, el poderoso Alfa sport de Thomas, pasó junto al de Bob como una exhalación. Se habían entendido perfectamente. En la siguiente curva darían una sorpresa al perseguidor del teniente. Este tomó la curva con naturalidad, para ir a detenerlo a un costado del camino. Mientras tanto, Thomas había dado la vuelta, y con el motor en marcha y los faros apagados, aguardaba la señal de Bob.

Este, con la pistola en una mano y una linterna en la otra, esperaba oír el motor del coche de su perseguidor, el cual no tardó en escucharse.

¡Ahora, Thomas!



El delincuente, tomado de sorpresa y encandilado por los cegadores haces de luz del Alfa de Thomas, sólo atinó a evitar el encontronazo virando la dirección hacia el lado exterior de la curva, pero al apoyarse en la banquina, las ruedas patinaron. El vehículo sin control, sólo se detuvo cuando sus ruedas delanteras se introdujeron en una alcantarilla que bordeaba la ruta.

Bob, empujando su pistola corrió hacia el coche accidentado. listo para hacer fuego en caso de necesidad, pero, no hacía falta.

¡ Esperemos que no haya muerto !



Por fortuna, sólo ha perdido el conocimiento.

¿Qué piensas hacer ahora ?



El proyecto de Bob, consistía en hacer que Thomas comunicara con la casa del jefe, para dar lugar a que en la Central, mediante el radiogoniómetro localizaran su paradero. Ello se haría produciendo la sensación en su jefe, que el aparato no estaba en condiciones normales. Posteriormente deteriorarían el receptor, a fin de que el delincuente no pudiera volver a comunicarse.

-Dirás que has sufrido un accidente, tratando de que aunque con dificultades, te entiendan. Después apagas y averías el aparato.

Y, ¿qué hacemos con este tipo ?



Lo dejamos ir tranquilamente, mientras yo lo sigo a prudente distancia. ¡ Cuidado ! Está reaccionando. Simula que te has detenido a socorrerlo y una vez que hable, lo volvemos a dormir.



Bob Barton, se alejó para no ser visto por el sujeto. Este reaccionó y Thomas, muy solícito, le preguntó sobre su estado. El delincuente respondió que se hallaba muy mareado y dolorido. El detective preguntó si deseaba que lo trasladara a un hospital, a lo que el otro respondió negativamente. Considerando que ya había escuchado lo suficiente como para poder imitarlo luego, Thomas lo desmayó nuevamente.

Una vez puesto en práctica el proyecto de Bob...

Bien, ya están enterados de que ha sufrido un accidente. Quisieron saber si tú tenías algo que ver con lo sucedido. Les dije que no, por supuesto.



Perfecto. Ahora estamos seguros de que no harán nada a Sally. Comunica con la Central y averigua si han localizado la casa, si es así te vas a buscar veinte hombres y me esperan en las cercanías de la guardia.



El asunto marchaba como sobre ruedas. El sujero reaccionó y trató de comunicarse con su jefe, cosa que naturalmente, no consiguió. Posteriormente, retiró el coche de su incómoda posición, pues sólo había sufrido algunas abolladuras y a marcha lenta, pues los detectives habían trabajado en el vehículo para que no pudiera desarrollarse mucha velocidad, se dirigió a la guarida del jefe de los "7"



Mientras tanto, Bob fue informado por Thomas de que la casa de hallaba rodeada por efectivos policiales bien armados. Acto seguido, siguiendo las indicaciones de su compañero, que previamente había examinado la casa, Bob se encaminó a los fondos, donde luego de forzar la cerradura de una puerta penetró. Quiso la Providencia que fuese a parar justamente a la habitación en que Sally se hallaba secuestrada..



La escotilla conducía a un sótano, perfectamente equipado. Había allí una heladera eléctrica, una mesa, sillas, colchonetas y un radio-transceptor. El jefe, accionó otro conmutador y la entrada del sótano, quedó clausurada por el armario. De inmediato, pulsó un botón en el equipo de radio. Por un altavoz llegó una serie de ruidos indefinibles, luego algunos voces, entre ellas la de Bob.



Esteban/Columberos/2019

¿Qué se te ocurre, Bob? ¿Crees que también exista una salida secreta?



No te quepa la menor duda. Un organizador tan meticuloso no descuidaría un detalle tan importante. Como que me llamo Bob Barton, puedo asegurarte que esa salida debe existir.



El jefe de los "7" escuchaba a través del altavoz, las palabras pronunciadas por los detectives. Al escuchar el nombre de Bob Barton, su calma, hasta ese momento imperturbable, pareció desaparecer. Se volvió a sus secuaces.

Ese detective no es tonto, muchachos. No creo que demore en descubrir este escondite, de manera que no nos queda otro remedio que utilizar esa salida, si no queremos ser capturados.



Mediante un procedimiento similar al utilizado para entrar al sótano, los delincuentes, siguiendo un corredor subterráneo, abandonaron la casa. En cuanto a los policías, si bien descubrieron el medio utilizado para la fuga, no pudieron dar con los delincuentes. Al día siguiente, en el hotel donde habitaban Bob y Sally, éstos aguardaban la llegada del Comisionado.

¡ Hemos fracasado, Sally ! Y toda la culpa es mía por no haber valorado la magnitud del cerebro que debía enfrentar.

Deja de martirizarte, Bob, nadie es culpable.



Mucho hemos avanzado en la pesquisa y pudimos desbaratar lo principal. Conocemos sus medios de comunicación, su modo de actuar y...

No tardará en organizar otros, Sally.



Hay algo más, que no pude decirte aún. El jefe tiene un tic nervioso bastante notable y una cicatriz en el dorso de la mano izquierda.



Bob Barton pareció despertar de un largo letargo al escuchar las palabras de Sally. Inquirió sobre las características de la cicatriz y del tic nervioso del delincuente.

La cicatriz tiene el tamaño de una moneda de un dólar y el tic...

... consiste en llevar frecuentemente su mano derecha a la nariz, ¿verdad?



Ahora, la sorprenda fue Sally.

¿Cómo lo sabes? ¿Pudiste observarlo en la oscuridad del coche de Sam?



Cuando respondí, Bob parecía abrumado por un enorme peso.

Sally, voy a pedirte un gran favor. Cuando llegue el Comisionado, busca cualquier pretexto para dejarme a solas con él.



Sally, aunque intrigada, se abstuvo de hacer preguntas y consintió en complacer al detective. Cuando llegó el Comisionado, pretextando ir en busca de bebidas, salió del cuarto. Bob informó al superior de todo lo actuado, pero sin mencionar los detalles apuntados por Sally, respecto de la cicatriz y el tic nervioso del jefe. Luego, ante la sorpresa del jefe policial, dijo:

Jefe, quiero pedirle un señalado favor, en beneficio de la investigación, por supuesto.

¿De qué se trata?

No me hallo anímicamente en condiciones de proseguir con este caso. Thomas está tan comprometido de sus pormenores como yo, y por consiguiente...

Déjate de rodeos y al grano, Bob.

Deseo que me releve, Comisionado.

lo que ocurrió en ese instante, no cabía en los más optimistas cálculos de ninguno de los dos policías. La ventana, frente a la cual descendía la escalera para incendios, se abrió para dar paso a la persona que menos interés podía tener en penetrar a esa habitación.

Lo siento, he llegado tarde. Pero esa ventana me resultó difícil de abrir sin atraer la atención de ustedes. Quisiera haber entrado antes de que el señor Bob Barton formulara ese pedido.

El Comisionado hizo ademán de extraer un arma, pero el jefe de los "7", lo contuvo con un ademán.

No hace falta, Comisionado. Decía que lamentaba haber llegado tarde, porque me hubiese gustado evitar que...

... el agente especial, teniente Bob Barton, sufriría la tortura de formular su pedido de relevo.

Si se quitase esa máscara...

En seguida, Comisionado Samper. Antes quisiera hacer un poco de historia.

Trate de ser breve, no me agradan los melodramas.

Creo que pido poco para entregarle un caso cerrado, señor Comisionado. ¿Me permite llevar las cosas a mi manera?

Adelante.

Gracias, será conciso. Hace algún tiempo, un hombre, luego de luchar en Corea, se entretuvo en demasía en un puerto de escala, llegando tarde para embarcarse de regreso a su país.

Estuvo divirtiéndose con unas damiselas del puerto y su mente, nublada por los vapores del alcohol, no alcanzó a medir la magnitud de su falta, y lo que es más malo, al ver que su barco había partido, decidió seguir su franchela. Llevaba una buena cantidad de dólares en el bolsillo y hasta agotarlos, no dejó de divertirse.

Terminados los dólares y la borrachera, comprendió que iba a ser castigado por desertor y temió presentarse a las autoridades consulares de su patria. Adoptó una falsa identidad y se radicó en el país...



...donde se hallaba y en el que permaneció por espacio de tres años. Pero experimentaba una profunda nostalgia por su tierra y embarcándose como marinero en un buque mercante, inició el retorno. En el trayecto, alguien le dijo que su hermano mayor había fallecido en la guerra y al llegar a su ciudad natal, supo que su madre también había muerto. Como a él también se le consideró baja de guerra, creyó que la muerte de su progenitora obedeció al dolor experimentado por la...

...pérdida de sus hijos. Un rencor sordo comenzó a roer su corazón, arrastrándolo al camino de la delincuencia. Ahora puedo quitarme esta máscara.



Al quedar descubierta la cara del delincuente, el Comisionado permaneció un instante estupefacto, como si sus ojos se negaran a creer en la identidad del hombre que enfrentaba. Luego, y mientras Bob permanecía silencioso, y dejaba escapar una rebelde lágrima de los ojos, el jefe policial movió los labios murmurando quedamente: ¡ Jimmy Barton !

El mismo, Comisionado. Jimmy Barton, el que conociendo los métodos policiales aprendidos de su padre, pudo contrarrestarlos eficazmente. El mismo que ahora, descubierto su tremendo error, se pone a sus órdenes.



¿Recuerdas la pregunta que te formulé en el coche de Sam, el reductor ?



Después de las palabras de Jimmy Barton, los tres hombres permanecieron un instante en silencio. El momento era dolorosamente embarazoso y ni el Comisionado, ni Bob, se atrevían a dar el primer paso. El jefe policial fue el primero en hablar.

¿Tú conocías la verdad, Bob ?

La supe hace unos instantes, cuando Sally me habló de la cicatriz y el tic nervioso del jefe de los " 7 ", aunque me había llamado la atención esa clave, que...



... cuando niños, descubrimos que se podía confeccionar, utilizando la máquina de escribir de mi padre.

Afortunadamente, y me he empeñado en evitarlo, no ha muerto nadie por mi culpa, ni nadie ha sido herido durante mis correrías. Espero que eso me valga de atenuante.



Bob recordó que el jefe de los " 7 " había hablado algo familiar en su voz. A continuación, el Comisionado preguntó a Jimmy si podía hacer algo en su favor, sin apartarse de su deber.

No pido clemencia, Comisionado. Sólo un favor. Quiero quedar un instante sola con mi hermano, a quien su presencia parece cohibir y...

Comprendo, Jimmy.



El Comisionado abandonó el cuartel. Ambos hermanos se miraron brevemente y luego, cediendo al impulso natural se abrazaron con fuerza. De cuatro ojos pertenecientes a dos hombres fuertes, brotaron abundantes lágrimas. Después, Bob salió en busca de su superior, habló breves palabras con él y volvió junto a su hermano, al que tomó fraternalmente de un brazo para conducirlo hasta la calle.

No es tarde, ¿verdad Bob ?

Nunca es tarde cuando se ha encontrado el camino de la verdad, Jimmy.



VAMOS A REIR



Aprenda **RADIO** TELEVISION Y ARME SU RECEPTOR

EN SU CASA
POR CORREO



GRATIS!



ESTE
RECEPTOR
MUNDIAL

Nuestro moderno sistema de enseñanza le resultará cómodo y fácil. En pocos meses completará el aprendizaje y obtendrá su DIPLOMA. Puede aprender Radio o Radio y Televisión.

Ganará más y con el curso recibirá, gratis materiales para armar su receptor TODA ONDA, herramientas y aparato de comprobación para sus trabajos prácticos. Todo queda de su propiedad.

INSTITUTO INTERAMERICANO

Siempre el Mejor Instituto de Radio y Televisión

AVELLANEDA 2950

Buenos Aires

ENVIE ESTE
CUPON

y solicite
INFORMES GRATIS

INSTITUTO INTERAMERICANO

Avellaneda 2950

Buenos Aires

Sírvanse enviarme informes GRATIS del curso de Radio y Televisión por Correo.

Nombre

Calle

Localidad

LA LUNA ROJA

Por ALAN KESINGTON

ADAPTACIÓN

• DIBUJOS DE GUTIÉRREZ

Pero ojos crueles y avizores habían descubierto en la distancia, la patética figura del hombre, perdida en el mar de arena, dispuestos a robarle al desierto su presa para cobrársela ellos.



¡ Allí está ! ¡ Vamos !

Un día más tarde una patrulla inglesa halló el cadáver.

Es él, teniente. Lo reconozco por la cicatriz de la muñeca.

Por fin encontramos al comandante Person... pero muerto.



Todo terminará en una reclamación de nuestro embajador. Yo estoy seguro, por la forma de la herida, que se trata de un ataque de la tribu de "La Luna Roja". Son nómadas del desierto, crueles y sanguinarios.



Selvyn Person, oficial del ejército inglés, oyó el grito de guerra de los beduinos que se lanzaban a su encuentro, y supo que su última hora había llegado. Con el resto de las energías que le quedaban, se parapetó detrás de una duna y sacó su pistola.



(¡ Venderé cara mi vida !)

Hondamente impresionado el teniente se dirigió a su capitán.

Esto es un asesinato, capitán. Debemos tomar severas medidas. Nuestro país y los gobiernos árabes han firmado un tratado de paz y amistad, y...

No se exalte, teniente. Mucho me temo que no tomaremos ninguna de las medidas que usted insinúa.



El puerto de Aden, comparable al de Shangai y Singapur. Heterogénea y abigarrada multitud por sus calles estrechas: magnates del petróleo y mendigos pediguños, ropajes exóticos y coloridos, lenguas y razas diversas.



El ardiente sol del desierto seguía quemando, implacable, al agotado hombre que dificultosamente caminaba por medio de las arenas de uno de los desiertos más terribles del mundo: el de Roba el Jálí, en el sur de Arabia.



(Las fuerzas me abandonarán antes de poder llegar hasta el protectorado inglés. La avanzada de Misab es la más cercana.)

Y así fue. Dos beduinos cayeron antes que el valiente inglés muriera atravesado por una lanza. Los hombres del desierto recogieron sus heridos y sus armas y se perdieron galopando en las arenas ardientes. Sólo los buitres quedaron revoloteando sobre el lugar que acababan de abandonar.



Con voz fatigada, que trasuntaba su estado de ánimo, el capitán continuó explicando, con paciencia, la situación a su subordinado.

Para las leyes del desierto, esto no es más que un accidente de la guerra sorda que desde hace mucho tiempo sostenemos. Ellos todavía viven en un régimen feudal; los gobiernos centrales son débiles...



Típica expresión de Aden era el establecimiento "La Reina de Saba". En una de sus mesas dos marineros charlaban en español.

¡ En este "corralón" hay más ruido que en el frente de Corea !



Y te aseguro, Jorge, que yo me divertiría más allá.

Los dos jóvenes eran grandes amigos. Habían luchado como voluntarios en la guerra de Corea. Jorge era argentino y Cristóbal venezolano.

Oye, Cristóbal, ya es hora de hacer algo más movido. Esto está muy aburrido.

Me parece, viejo, que ahí se aproxima nuestra oportunidad de sacudirnos la modorra.



Un gigantesco etiope avanzaba tambaleándose entre las mesas.



Al llegar justo a los dos jóvenes casi tira de su silla a Cristóbal.

¡Oiga, amigo, Tenga más cuidado!

¡Little dog!



Aquel insulto fue más que suficiente para que el valiente venezolano se pusiera en pie, como empujado por un resorte, y le disparara un potente puñetazo al prepotente beodo.



El negro era fuerte como un toro. La gresca no tardó en generalizarse. Las sillas y mesas rodaban por el suelo, y los vasos y botellas al romperse hacían de música de fondo. Por encima de tanto ruido se oyó claramente la voz de alarma:



El desbande fue total. Nadie tenía interés en verseles con los representantes del orden. Quedaron prácticamente solos los dos sudamericanos, quienes sin pérdida de tiempo, atacaron a los policías a los puñetazos.

¡Sargento, detenga inmediatamente a esos nombres y lívelos al destacamento!



Esa noche durmieron en un calabozo de la policía militar. Al día siguiente, fueron llevados a la presencia del jefe del destacamento.

¿Cómo entraron ustedes en Aden?

Somos marineros del barco sudamericano "Caribe" que está en el puerto.



El jefe les informó que el dueño de la "La Reina de Saba" les exigía el pago de los daños causados en su local.

¡Eso no es justo!

Si usted me permite localizar a un amigo mío, estoy seguro que él podrá pagar. Se trata del coronel Donlevy.



¿Conoce al coronel Donlevy?

Sí, señor. Fui marinero en su yate cuando estuvo en Singapore. Sé que el coronel me ayudará.



Resultó que el coronel Donlevy era el jefe de la guarnición de la cual dependía la policía militar. Al rato, fueron conducidos a su despacho.

Este hombre dice haber estado a su servicio, coronel.

¡Ah...! ¡Eres tú, Jorge! De manera que te has metido en un lío. Está bien, capitán, yo me haré cargo de estos nombres. Puede retirarse.



Cuando salió el oficial, el coronel Donlevy cerró con cuidado la puerta.

¡Jorge! ¡Cristóbal! ¡Cuánto me alegro de volverlos a ver!

Lo mismo nosotros, coronel. ¿Cómo se encuentra?



Donlevy sirvió whisky y luego comenzó a hablar.

Han buscado un medio original para llegar hasta mí. Creo que no despertará sospechas.

Por su carta, coronel, me dí cuenta que nos necesitaba para algo muy importante.



Los dos jóvenes, junto con otros famosos tres amigos, habían integrado durante la guerra de Corea un grupo de comandos famosos por su valentía y eficacia. El coronel Donlevy había sido su jefe. Hoy, después de varios años, los había llamado para que lo ayudasen en una seria emergencia.

En breves palabras, les informé del motivo por el cual les había pedido que vinieran.

El arqueólogo e historiador Caster, junto con su hijo, fueron a hacer investigaciones científicas en la frontera de Arabia Saudita y el desierto de Dana. Hace tres meses que partieron y no sabemos nada de ellos.

Habrán sido víctimas del desierto.



"Uno de los mejores hombres del Servicio de Inteligencia, el comandante Person, fue asesinado por los de 'La Luna Roja'. Es indudable que lo hicieron, porque logró averiguar algo del asunto que lo llevaba a ese desierto, y que es en realidad, el mismo motivo que se escondía detrás de la explicación científica del profesor".



No, Jorge. Las patrullas que salieron a buscarlos han encontrado los cadáveres de sus guías y objetos del profesor Caster. Tenemos la seguridad que han sido secuestrados por una tribu del desierto.



¿Los raptores han pedido rescate?

Sin poder ocultar su curiosidad los amigos escuchaban al coronel.

¿Y cuál era ese motivo, coronel?

Durante la última guerra los alemanes enterraron, en algún lugar del desierto de Arabia, una gran cantidad de oro y un documento con el nombre y firma de los jefes árabes que pensaban ayudarlos cuando invadiesen Arabia.



Eso es lo grave, no lo han hecho. Y nosotros sabemos quiénes los tienen y por qué. Pero, nos es imposible actuar oficialmente. La menor chispa podría hacer estallar el polvorín que es Arabia.



¡Vaya situación!

Naturalmente, ni el oro ni el documento fueron utilizados, porque los alemanes no llegaron a invadir Arabia. A los ingleses nos interesa el documento: para nosotros tiene un alto valor político.

¿El profesor Caster había salido en su búsqueda?



Nosotros encontraremos al profesor y a su hijo.



Ya se despedían cuando el coronel agregó:

¡Ah! Me olvidaba decirles que pronto se reunirán con ustedes Dorik, Marcel y Kim. No sé si los alegrará la noticia.

¡Hurraaaa!



De nuevo el comando de Corea estará reunido. Dorik, Marcel y Kim, yanqui, francés y árabe, respectivamente, eran los tres amigos que junto con Jorge y Cristóbal, habían luchado en la guerra de Corea en las filas del ejército de las Naciones Unidas.

Los detalles del plan a seguir fueron trazados por los jóvenes sudamericanos. A partir de ese momento, se convirtieron en dos magnates y como tales su fueron a alojar al mejor hotel.



Mientras tanto, en otro hotel muy distinto en el poblado de Dam, en el corazón de la Arabia Saudita, dos hombres de mala catadura hablaban de Jorge y Cristóbal.

¿Estás seguro que eran ellos, Peter?

Sí, los reconocí a los dos. Durante la guerra de Corea estuve muy cerca de Jorge y Cristóbal, como para no reconocerlos ahora.



Al día siguiente, en el hotel donde paraban los dos ex-comandos...

¿Crees que éste sea el mejor medio para buscar al profesor?

Es el que despertará menos sospechas. Más tarde se unirán a nuestra expedición Kim, Dorik y Marcel.



Un momento después, el hombre se retiraba, previo acuerdo de entrevistarse nuevamente.

Creo que estuve demasiado confiado...



No es así, Cristóbal. Me resulta muy sospechoso este encuentro. Pero mostrándome confiado es la única manera de saber si realmente es un enemigo.

Mientras tanto en otro lugar...

¿El profesor había?

No. A pesar de las torturas no suelta prenda, y estamos seguros que él encontró el sitio donde está enterrado el tesoro.



Ella no sabe nada; si no, hace rato que lo hubiera dicho por no verlo sufrir a su padre.



El llamado Pater había sido un buen oficial del ejército inglés que más tarde, impulsado por las malas compañías, había terminado víctima del alcoholismo.

¿Qué está haciendo?

Figuran como millonarios petroleros dedicados a la arqueología. Estoy seguro que esa es la excusa para poder buscar al profesor Caster.



Su charla fue interrumpida por Mark, que correctamente vestido, y con una encantadora sonrisa en los labios, se les acercó.

Disculpen mi intromisión, pero no pude resistir la tentación de acercarme a saludar a personas de mi raza. Son tan pocas por esta región.



Al día siguiente volvieron a reunirse con Mark. Éste les había conseguido todo el personal que necesitaban. En cinco días más estuvieron listos para partir.

Bueno, por fin llegó el momento de internarse en el desierto.



Marcharemos hacia el oasis de Al Hai-fa. Allí nos detendremos a descansar.

Los dos jóvenes y su pequeña caravana, marchaban por medio del ardiente desierto.

No hay más que mirarles las caras a estos sujetos, para darse cuenta que ese Mark es un verdadero pillito.



Oye, Jorge. No se te ha ocurrido pensar, en que a lo mejor, no nos llevan a ninguna parte, y solamente se limiten a cortarnos el pescuezo.

Ese ha sido un detalle que no he tenido en cuenta. Tendremos que andar con los ojos bien abiertos.



A la tarde del día siguiente, divisaron el verdor del oasis del Al Haifa. Instintivamente, los animales apuraron el paso al oler el agua. Horas más tarde habían instalado el campamento.

Nos acostaremos en ese pequeño claro. Desde allí nos será más fácil prevenir cualquier ataque.



Nos conviene hacer guardias. Si no te importa, yo haré la segunda.

La guardia de Jorge había transcurrido sin novedades.

Arriba, Cristóbal. Llegó tu turno.

Bueno, antes me iré a refrescar con agua para despejarme.



No había terminado de desaparecer Cristóbal en medio de la vegetación que rodeaba a la pequeña laguna del oasis, cuando sonó un disparo. Como impulsado por un resorte, Jorge se puso de pie. Dos tiros silbaron cerca de su cabeza.

¡Maldición! ¡Nos agarraron separados!



Debía llegar junto a su amigo. ¿Por qué no respondía el fuego? Si lo habían herido, o... Reptando entre la maleza, llegó hasta donde estaba Cristóbal.



La sangre se le heló en las venas ante la escena que contemplaba. Con puntería perfecta abatió al árabe.



Antes de poder socorrerlo debió abatir a dos hombres más. Con rapidez arrastró a Cristóbal hacia los arbustos.

¡Gracias a Dios que sólo estaba desmayado! ¡Cristóbal! ¡Vamos, viejo, reacciona! ¡No es hora de dormir!



Ya me siento... bien. Es preciso salir de este lugar.



Sí, y de prisa. Pero primero debemos buscar más balas en nuestro equipo.

No en vano habían sido los mejores comandos durante la guerra coreana. Silenciosos y ágiles como gatos, recogieron lo que buscaban y abandonaron el oasis.

Bueno, ahora comienza lo verdaderamente difícil. Llegar a la ciudad sin que el desierto nos devore antes.

O que nos alcancen nuestros amiguitos árabes.



El verdadero padecimiento comenzó cuando el sol brilló nuevamente en el diáfano cielo.

Si tuviéramos un caballo...



Oye, estuve pensando que estos sujetos sabían quiénes éramos. Esa es la razón por la cual tenían pensado en matarnos, de otra...

Las palabras murieron en sus labios. Sobre el horizonte arenoso se elevaba el polvo levantado por un grupo de jinetes.

¡Deben ser los guerreros de "La Luna Roja"! ¡Sí, son ellos! ¡Ya distingo sus capas rojas!



Debemos darles batalla, Cristóbal. Nos parapetaremos detrás de esa loma.



Bueno, Jorge. Vamos rápido, que caminar treinta metros por esta arena lleva tiempo.

El refugio resultó mejor de lo que parecía. Era una duña de unos diez metros de altura con una especie de cráter en la cima. Dentro de él se metieron los jóvenes.

Hay que disparar sobre seguro. Lo mejor es dejarlos aproximarse bien.



Pronto fueron rodeados. Espalda contra espalda esperaron la arremetida. Con serenidad aguardaron a tenerlos a escasos treinta metros, entonces...



¡Fuego!

Los hombres del desierto no esperaban encontrarse con una resistencia organizada. Su ataque fue rechazado. Los árabes se reunieron a prudencial distancia de la duña ocupada por los dos sudamericanos. De vez en cuando, hacían algún disparo.

Lo único que quieren ahora es evitar que intentemos salir.

Pensarán dejarnos morir de sed y hambre.



Después de más de tres horas haciéndose al sol, tuvieron la respuesta correcta. Un nuevo contingente de cerca de cien hombres se reunió con los del primero.

Me parece que es mucha gente para nosotros solos...

Tienes razón, muchacho. Pero les haremos un regalo que no se esperan.



Abrió su bolso y entregó dos granadas a su amigo. El se quedó con otras dos. En el preciso momento las utilizaron.



Después de la confusión del primer instante los guerreros árabes volvieron a atacar. Los dos amigos encomendaron su alma a Dios y se dieron un fuerte abrazo. De improviso, Jorge le pidió a Cristóbal papeles e hizo algo desconcertante para hacer en esos momentos.



Al verlo al jefe beduino ordenó con voz potente que no los mataran. Los jóvenes no entendieron sus palabras, pero comprendieron muy bien la actitud de sus enemigos. Estos dejaron las armas y los amarraron firmemente con sogas de seda.



Por el momento hemos salvado la vida...

Espero que después no lo lamentaremos.

A la noche se detuvieron para comer y dormir. Con sorpresa, los dos amigos también comieron y bebieron. No esperaban ese trato.

Quieres explicarme, ¿por qué seguimos vivos?

Gracias a los papeles que yo quemé. El jefe pensó que estaba quemando los planos que nos llevarían hasta el tesoro y los documentos...

¡Comprendo! Ahora valemos mucho más vivos...

Sí. Pero utilizarán cualquier medio para que les digamos los que creen que sabemos.

Después de marchar durante todo el día, llegaron al oasis en donde tenía su campamento la tribu de "La Luna Roja". Fueron conducidos, con las manos atadas, hasta la tienda del jefe supremo.

Me alegro que hablen inglés siendo sudamericanos.

Veo que nos conoce muy bien.

El jerarca árabe los miró con ojillos crueles.

Se que están al servicio de los ingleses, pero es necesario que se enteren que en este desierto no hay más ley que la mía. ¡Será mejor que digan lo que saben o les pesará haber salvado la vida!

Transcurridas unas horas, fueron nuevamente a presencia del jeque. A su lado, rodeado de guardias, se encontraba un anciano en un estado lamentable. El sufrimiento se reflejaba en su arrugado rostro.

Les presento al profesor Castér. El ya ha aprendido a respetarme.

Te equivocas, Akim. En tu pueblo ha habido hombres valerosos y audaces, pero tú eres un cobarde sanginario, que lo deshonras.

El rostro del árabe se puso púrpura. Su mano se crispó sobre la empuñadura de su daga, pero sólo se limitó a abofetear al anciano.

Lamento tratar así a mi futuro suegro, pero no tolero que nadie me insulte.

¡No lo lograrás, canalla! Ella no lo permitirá...

A una señal del jefe se llevaron al profesor.

Eso es lo que queda del profesor Castér. Ahora les toca a ustedes...

Después de la lección de fortaleza y dignidad que nos ha dado el profesor, puede despellejarnos vivos que no habláremos.

Durante cuatro días fueron azotados todas las tardes. Sus torturadores salvan, perfectamente, cual era la dosis para mantenerlos vivos. Estaban en la tienda que les servía de celda, cuando recibieron la visita de dos hombres blancos.

¿Quién es usted?

Digamos que soy el socio del jeque Akim.

Entonces puede irse por donde vino.

Escuchen. Si ustedes me dicen dónde está el tesoro puedo salvarles la vida. No tienen mucho que elegir. ¿Eh?

No hacemos tratos con criminales.

Jorge, no desperdices esta oportunidad.

Al oír al otro hombre, Jorge lo miró con atención por primera vez. No pudo reprimir su asombro al reconocerlo.

¡Capitán Peter...! ¿Cómo pudo caer tan bajo?

Eso no interesa. Acepte esta propuesta y termine con estas horribles torturas.

Jorge continuó hablando como si no lo hubiese oído.

Hace apenas unos meses, capitán, uno de los hombres de su escuadrón, me hablaba de usted. Con qué admiración y cariño recordaba al valiente capitán!

¿Cómo ha podido traicionarse a sí mismo, capitán?

Cuando el capitán Peter volvió a hablar, un casi imperceptible temblor se notaba en su voz.



Es mejor no mirar atrás. Le pido que nos diga dónde está ese tesoro. Son demasiados poderosos los que están contra usted.

Morir no es más desagradable que vivir deshonrados. Espero no volver a verlo capitán Peter.

No había ningún motivo para seguir parados, de manera que se sentaron. La joven lo miró con intensidad, y luego le habló con voz quebrada por la desesperación.

No puedo ver sufrir más a mi padre, estoy al borde de mi resistencia... ¡Por favor! ¡Dígame, a ese monstruo de crueldad y avaricia, dónde está el tesoro!



Tras las últimas palabras de Jorge entró en la tienda, seguido de sus hombres, Akim.

¡Yo conseguiré ablandarte, maldito!



¡Debí suponer que un individuo de tu calaña tenía que estar escuchando!

A la noche, fueron conducidos, una vez más, a la tienda del jefe, éste lucía costosos ropajes, y la más cruel y perversa de sus sonrisas brillaba iluminada por la luz ondulante de una hoguera.

Bien, señores. Hoy vamos a emplear un método más convincente para hacerlos hablar.



Para nosotros ningún método es convincente.

Algún tiempo después, fue conducido a la tienda de Akim. Sorprendido, vio que solamente estaba en su interior una hermosa muchacha. Por el dolor que transuntaban sus enormes ojos dorados, comprendió que se trataba de la hija de Caster.



Usted es la hija del profesor Caster, ¿verdad?

Si, soy Tilda Caster. Es indudable que el jefe Akim nos ha dejado solos para que yo le hable.

Pero, señorita... ¿Cómo me pide eso, después de lo que ha pasado su padre para no hacerlo?

¡Mi padre no sabe nada... Nada! ¿Comprende? El no ha hecho más que decirles la verdad...



El asombro del muchacho fue grande. Hablando en voz más alta de la necesaria, respondió...

Lo siento. Jamás revelaré mi secreto. Lo he jurado y sabré cumplir.



Inglaterra necesita esos documentos.

Los guardianes lo llevaron a los empujones hasta su celda.



¿Qué pasó, Jorge?

Ahora Akim está convencido que sabemos dónde está el tesoro. Tenemos asegurada una vida de martirio por un par de meses...

Brevemente le explicó todo lo sucedido. Ellos hablaban en español sin peligro de que nadie pudiese entenderlos.

Jorge. ¿Qué supones que les haya pasado a nuestros compañeros de comando?



Sencillamente, creo que ellos no saben dónde estamos. Si les hubiesen hecho algo, ya se hubiera encargado el maldito jefe de hacérselo saber.

Mira bien esa hoguera, llénate los ojos de su movimiento y de sus colores, porque será lo último que veas. Primero te haré quemar un ojo... y si eso no basta... te quemaremos el otro.



La punta de una lanza se calentaba al rojo vivo en la hoguera. Una enorme cantidad de beduinos había formado un gran círculo alrededor de los jóvenes prisioneros, y seguía, con mirada curiosa y excitada, lo que estaba por ocurrir.



Jorge fue amarrado boca arriba a cuatro estacas. Un árabe empuñó la lanza que tenía la punta al rojo y la fue acercando, lentamente, a uno de sus ojos. Jorge movía desesperadamente la cabeza, tratando de evitar el terrible contacto.



Lentamente, sin apuro. Así tiene tiempo de recapacitar...

La confusión y las órdenes precipitadas aumentaron cuando se oyó el tableteo de una ametralladora. Los jóvenes fueron conducidos a su tienda.

Este sería el momento ideal para huir...

Si pudiéramos soltarnos estas ligaduras...



Una vez libres de sus ligaduras, resolvieron rescatar al profesor y su hija. Se vistieron con las ropas de sus guardianes y aprovecharon la oscuridad y el caos que seguía imperando en el campamento, para hacerlo.

Vamos, señorita. Cúbrase usted y su padre con estas capuchas.

Marcel y Dorik, si podían salir vivos, nos iban a esperar en el sector Sur del oasis.



«Puedo comprender la actitud de estos beduinos, para ellos es parte de su vida, por algo nosotros somos los civilizados y ellos los que tienen que terminar de civilizarse. Pero, me resulta inconcebible que usted tenga estómago para compartirlo y aprobarlo, capitán Peter.



Un ronco y corto alarido salió de la garganta del verdugo. Luego se desplomó en el suelo. Alguien le había arrojado un cuchillo. Se produjo una gran confusión. ¡Saquen de aquí a los prisioneros! ¡Guerreros, a las armas!



Oyeron el ruido sordo de una lucha fuera de la tienda. Luego tró un árabe empuñando un puñal. Los jóvenes estaban dispuestos a vender cara su vida.

¡Quietos, muchachos! ¡Casi me sacan la cabeza de una patada!



¡Kim! ¡Creí que nunca más me podía alegrar de ver un árabe.

Afortunadamente, los dos jóvenes ya los estaban aguardando. Todavía llevaban en sus manos las ametralladoras humeantes.

¡Marcel! ¡Dorik! Me alegro que estén bien...



Dejen las efusividades para más tarde. Ahora hay que marcharse inmediatamente.

La oscuridad de la noche los protegía. Dorik, el robusto norteamericano, cargó sobre sus hombros al profesor.

Trajimos cinco caballos para montar y otro con armas y provisiones.

En ese pondremos al profesor. Tilda irá un rato en cada uno de nosotros, para no cansar un solo caballo.



Marcharon durante dos días, haciendo pequeños altos para descansar, hasta que llegaron al oasis del Al Haifa. Allí debían detenerse un plazo más prolongado, si no querían que sus caballos cayeran definitivamente agotados.

Tilda, creo que lo mejor será que su padre se dé un buen baño. Eso lo hará sentirse mejor.



Yo pienso lo mismo. Gracias por preocuparse de él, Jorge.

Si intentamos huir, no tardarán en alcanzarnos. Debemos hacerles frente.

Por suerte tenemos cinco ametralladoras y una buena cantidad de balas.



Pronto estuvieron preparados para recibir a los beduinos.

El problema consiste en que estos aguantarán hasta que le lleguen refuerzos.

Nuestra salvación estaría en poder salir de aquí antes que aparezcan más árabes.



Un momento más tarde, habían repartido las provisiones y armas entre todos los animales, y acomodando lo mejor posible a Caster. Su único deseo era poner mucha distancia entre ellos y ese siniestro lugar del desierto.



Al día siguiente, reemprendieron la marcha renovados con el descanso, y el agua abundante. Después de unas horas, alcanzaron un paraje rocoso donde se elevaban rocas hasta de veinte metros de altura. Fue entonces cuando Jorge los vio.

¡Miren! ¡A nuestras espaldas!



Es uno de los grupos que salió en nuestra persecución...

Con voz serena pero terminante, Jorge trazó la acción a seguir.

Ya está oscureciendo. Cuando las sombras sean completas, saldremos de aquí. Abriremos una brecha en el cerco de beduinos, y ustedes pasarán por ella. Yo me quedaré a detenerlos para darles tiempo a alejarse.



¡Pero eso significa tu muerte! ¡Yo me quedo contigo!

No. Nadie pretende ser héroe, pero es la única solución. Una vida por la de los demás, creo que vale la pena.



Silenciosamente dejaron el refugio. Habían avanzado unos metros cuando surgió delante de ellos una sombra.

¡No disparen! ¡Soy yo, Peter!

¿Qué nueva traición está preparando?



He venido a ayudarles, por lo que una vez tú les ruego que me crean. El jeque Arkim se dirige hacia aquí. Deben tratar de huir inmediatamente. Por este sector no hay más de veinte hombres.



Es lo que estábamos haciendo. Ahora montarán sus caballos mientras yo voy a entenderme con esos veinte beduinos. No se por qué, capitán Peter, pero creo que vino sinceramente a ayudarnos. Ahora será mejor que ested se vaya...



Con un rápido gesto, el capitán arrebató su arma a Cristóbal. Y antes que nadie pudiera reaccionar se perdió en medio de las sombras...



Cuando los fugitivos oyeron el tableteo del arma, espolearon sus caballos y ganaron el desierto envueltos en la oscuridad de la noche.



Todos compartían el noble deseo de Jorge. Después de un merecido descanso, los cinco comandos de la guerra de Corea partieron de Arabia.

Bueno, muchachos. Ahora no nos separaremos más.

Creo que pronto se sumará a nuestro grupo una hermosa muchecha. ¿No es cierto, Jorge?

Es lo que espero...



Mientras tanto, el capitán Peter del ejército inglés, se había ubicado detrás de unas rocas y disparaba su ametralladora contra un sorprendido grupo de guerreros de "La Luna Roja!"



Nuestras penurias han terminado. Quisiera pedirles a todos ustedes que olviden que conocieron a un capitán Peter, alcoholista y degradado, y solo recuerden a un digno oficial del ejército inglés que supo morir por salvarnos y redimir su memoria.

Después de angustiosa marcha, finalmente divisaron la ciudad. Se alzaba como un espejismo sobre la arena caldeada del desierto.



Y una sonrisa de felicidad se dibujó, en el curtido rostro del joven, al recordar la mirada y la voz de Tilda, cuando le dijo que pronto iría a Sudamérica para verlo.

Dicen que las inglesas son mujeres de una sola palabra. ¿No es cierto, camaradas?



FIN

CABO SAVINO

en: INDIO AMIGO



DIBUJOS: C. CASALLA.

GUIÓN: ALFREDO MARTÍNEZ

LO LLAMA EL CORONEL RIVAROLA, MI CABO.

¡GRACIAS, SOLDADO!



Y EN EL DESPACHO DEL CORONEL...

EN VISTA DE QUE EL CACIQUE HILARIO ESTÁ CUMPLIENDO SU PROMESA, QUISIERA QUE LE LLEVARA UNOS REGALOS A LOS TOLPOS. ¿QUE LE PARECE, SAVINO?



BUENA IDEA, MI CORONEL. ESO ASEGURARÍA MÁS LA TRANQUILIDAD ENTRE LOS INDIOS...

ME GUSTARÍA SALIR AHORA, MI CORONEL.

PUEDE HACERLO, SAVINO.



SAVINO FUE HACIA SUS HOMBRES.

¡A VER, FABRICANTES DE VELAS! ¡A PREPARAR SE QUE SALIMOS DENTRO DE UN RATO!





MINUTOS DESPUÉS, SAVINO ESTABA EN PRESENCIA DEL VIEJO CACIQUE PAMPA...



¡MUCHAS GRACIAS, AMIGO SAVINO...!



DE PRONTO, UNA LANZA SE CLAVÓ A LOS PIES DE SAVINO...



¿DE DÓNDE SALISTEVOS?



¡SAVINO ES MELICO, AMIGO NUESTRO!



¡UN SUCIO Y COBARDE HUINCANUNCA PUEDE SER AMIGO DE UN PAMPA!



¡A MÍ NO ME ENGANAS, MELICO!



¡PAFT!



¡LO SIENTO MUCHO, HILARIO, PERO VAS A TENER QUE CUIDAR A ESTE JOVENECITO!



¡FUE UNA BUENA LECCIÓN, SAVINO!





¿QUE LE
HACE
SUPONER
ESO?...

MIRE, MI CORONEL, PUEDE QUE LA
ERRE FIERO, PERO ESE INDIO LE
TIENE UN OPIO BARBARO A ESTE
UNIFORME, ASI AL MENOS ME LO
DEMOSTRO PROVOCANDOME...



ESPERO QUE EL
CACIQUE LO PUE-
DA CONTENER...

PUEDE QUE
SI... PERO
LO DUPO, MI
CORONEL.



¿PIENSA QUE PODRÍA
LEVANTAR A LA INDIA-
DA, ALIN CONTRA LOS
DESEOS DE PAZ DE
HILARIO?

ASI LO CERO, ES UN JOVEN
FUERTE Y DOMINANTE Y
PUEDE HACER LO QUE
QUIERA CON EL VIEJO HI-
LARIO, EN ESTO ME LUEGO
DOBLE, MI CORONEL...



¡UNA SITUACIÓN
DIFÍCIL!

AHORA SÓLO HAY QUE
ESPERAR QUE EL GALLO
MUESTRE LOS LENGU-
NES, MI CORONEL...



TIENE RAZÓN, SAVINO,
NO TENEMOS MÁS RE-
MEDIO QUE ESPERAR.



LOS DÍAS FUERON TRANSCU-
RRIENDO EN EL FORTÍN...

¡LINDA VIDA, NOS
ESTAMOS PASANDO!

¡UN DÍA DE
ESTOS, SE
LARGA EL
MALON...!



¡NO LLAMES
AL DIABLO!

¡NO ME CREAS
ECHUZA...
PERO TENGO
UN PALPITO
FULERO!



¡CHE, PERALTA!

¡ORDENE
MI CABO!



¡ACOMPÁÑAME AL
POBLADO QUE QUI-
RO ECHAR UN VISTAZO!

¿A LOS... DOS
SOLOS, MI
CABO...?





¡NO LO DIGO POR ESO, MI CABO!



POCO DESPUÉS SAVINO Y PERALTA SALÍAN DEL FORTÍN...











NÍ LANZA, NÍ FACÓN.
¡¡CON ÉSTO!!

¡COMO
QUIERAS!



¡VENITE NOMÁS,
SORIANO!

¡¡NO CHILLE,
MELICO!!



¡MALA PATA,
COMPADRE!



¡PAFF!



¡YA TE TENGO,
PAMPA!..





La muerte

CAPITULO PRIMERO

Frank Bain espoleó su yegua y cruzó el puente hacia la única calle polvorienta de Amelia. Pensó con una amarga sonrisa en el contrasentido que significaba para ese pueblo tener un nombre de mujer. Desde su fundación había sido un sitio de lucha, de vida difícil para los primeros tejanos. Y ahora la situación debía haber empeorado mientras él luchaba por Texas y la Confederación en el campo de batalla.

Le parecía imposible que alguien reconociera en él al muchacho que se fue, con su físico actual, su barba crecida y la yegua yanki que montaba. Eso le daba una ventaja para sus propósitos.

Se fue a la guerra siendo un muchacho y volvió como hombre para encontrar que su padre había muerto y que el rancho "La Medialuna" junto con todo el ganado, ya no le pertenecía más. Mientras luchaba por Texas, el gobierno de Texas lo había vendido para cobrarse los impuestos atrasados.

Los Johnson había comprado el rancho en la venta pública hecha por el sheriff. Nathan Johnson era un individuo tozudo del norte, delicado de los pulmones, desprovisto de experiencia para las tareas de ganadería. La hermana de Nathan, Julie Johnson, estaba de novia con Gord Bulgar.

Gord ni siquiera se molestó en pagar un centavo para conseguir tus viejas propiedades —le había contado un vecino a Frank—. Se limitó simplemente a mirar una vez a la hermana de Nathan en el remate público del sheriff. Decidió dejar que fuera ella quien gastara la plata. Luego se casaría con la muchacha y se haría dueño de todo sin desembolsar un sólo dólar.

Pero Gord no se había apropiado todavía de "La Medialuna". Frank juró para su interior que nunca lo conseguiría.

Ya en el camino principal, detuvo la marcha. Eligió brevemente entre dos negocios para entrar: la cantina y la peluquería, situada al lado. Tenía el cabello tan largo que sus extremos se enroscaban en su nuca. Evidentemente resultaba imprescindible que hiciera una visita al peluquero, el "Mudo" Flannegan. Breeze Flannegan era un individuo parlanchín y entrometido, y Frank se preguntó si lo reconocería.

Flannegan dormitaba con la boca abierta cuando recién llegado penetró en la barbería. Una mosca sobrevolaba sobre su cabeza decidiendo por fin la nariz de Breeze para posarse. El "Mudo"

por W. EDMUNDS CLAUSEEN

dibujos de JORGE RUBAL

De un Rebelde

se despertó bruscamente, poniéndose de pie al ver al cliente parado en medio del salón.

—¡Síntese! ¿Es usted, forastero? ¡Acaba de llegar? Frank sonrió ligeramente al asentir. El "Mudo" Flannegan no había cambiado en esos cinco años. Permaneció idéntico, como el mismo pueblo de Amelia. Le había puesto el apodo por contradecir en forma cómica su modalidad, ya que Breeze era capaz de hablar seis horas sin parar. Mientras colocaba la toalla en torno al cuello del cliente, miró a la calle para catalogar el caballo allí atado.

—¿Viene desde lejos?

—Ohio;

El "Mudo" demostró sorpresa. —Seguro que los tejanos lo han perseguido. ¡Bueno! Porque los tejanos llegaron a Ohio —y añadió— Noté, cuando entraba, que se tomaba el mismo.

Lógicamente Flannegan no pudo notar nada en la cuando entró porque dormía. Eso le probó a Frank la rapidez de visualización del barbero, no su defecto en los dos pasos que lo hasta la silla.

—Una infección en el hueso producida por la esquirla de una granada yanqui. Me tuvieron en un hospital en la cárcel hasta que el general Lee rehusó las armas.

Flannegan hizo un gesto violento con la cabeza. —En seguida me di cuenta que usted había pasado inconvenientes —comenzó a manipular con brusquedad las tijeras, y Frank se hizo a un lado para evitar hablar de la guerra? —inquirió luego de una breve pausa.

Frank negó, sabiendo que el "Mudo" Flannegan era capaz de indagar todos sus movimientos desde el día en que partió para luchar. En vista del poco éxito el barbero se dispuso a cortar el larguísimo cabello de su cliente en medio del silencio. Todo el tiempo se mordía el labio inferior. Y cuando no pudo contenerse más, dijo:

—¿Busca trabajo?

—Podría buscarlo si fuera bueno.

El barbero estaba midiendo mentalmente al forastero, como pensando si encajaría en el medio de Amelia, si era lo suficientemente fuerte. Resultaba posible leer todo el proceso del razonamiento detrás de las anchas cejas de Flannegan mientras miraba el contorno de las espaldas y la cartuchera de Frank.

—¿Podría encontrar trabajo? ¿Sabe usar el revolver?

Frank lo sabía demasiado bien. Su desempeño como soldado de caballería no había dejado mucho para imaginar. Pero para hacerle hablar más a Flannegan prosiguió:

—¿Todos en el pueblo usan armas?

El "Mudo" Flannegan apretó las mandíbulas, pero sin dejar escapar una sola palabra al respecto. Luego de una pausa dijo:

—Gord Bulgar necesita un hombre para defenderlo si alguien lo ataca.

Frank sintió el corazón latándole aceleradamente.

Hasta ahora nadie se le había atrevido a provocarlo. —¿Qué tal? —Flannegan se recogió de hom-



bros, como lamentando haber hablado tanto.

Frank forzó una sonrisa. —He oído decir que ese Johnson está a un pie de la tumba y que su hermana está loca por casarse con Gord Bulgar.

—Puede que sí. Puede que no —Flannegan hizo otro pase con el peine, y estuvo a punto de sacarle un ojo a Frank. —Hay que desconfiar de ese maldito yanki. Puede interponerse en el camino de la hermana e impedir que la muchacha se arroje en los brazos de Bulgar.

Desde la puerta llegó una voz aguda y fuerte que resonó por el negocio.

—Muchas gracias, Flannegan —dijo Gord Bulgar, torciendo ligeramente la boca—. Aunque no me gusta mucho que se dé a publicidad el nombre de Julie en esa forma. Le aconsejo que no vuelva a hacerlo.

Gord avanzó lentamente hacia el sillón deteniéndose junto a Frank, alto, imponente con su piel cetina y su cabello renegrido. Lo miró con insolencia y desenfado.

—Ha cambiado tanto este hombre que resulta difícil reconocerlo —dijo lentamente—. Una cicatriz sobre el ojo izquierdo, apenas visible, hecha tal vez por alguien que usaba un anillo capaz de herir como un sable...

Frank permanecía en silencio, mirando fijamente a Bulgar como sorprendido por que éste lo reconociera. Pero Gord tenía un motivo especial para recordarlo, un "motivo" por el cual tres hombres debieron llevarlo al doctor Crell para que lo atendiera.

Gord sacudió la cabeza, como para ahuyentar el recuerdo de su pasada humillación.

—¡Saque a ese tipo del sillón, Flannegan! Estoy listo para que me afeite.

—Unos minutos, por favor... —rogó el barbero.

—¡He dicho que ahora! —Gord estaba perdiendo la paciencia. Una furia sorda se reflejaba en su semblante y Frank pudo descubrir todo el viejo rencor explotando detrás de su piel tostada.

—No puedo obligarlo a bajar, Gord. Un cliente...

—¿Y quién es este infeliz? Se fue de aquí como queriendo conquistar al mundo, y vuelve derrotado, lleno de bichos... ¡Roñoso!

Gord tomó la punta de la toallita que el barbero le había puesto a Frank bajo la barbilla y la tiró con brusquedad, haciendo luego un bollo y arrojándola a un rincón. En ese momento el "Mudo" Flannegan daba vueltas en medio de su nerviosidad, untando la brocha de afeitar en un bols con solución jabonosa. Por accidente sacudió un poco de espuma que fue a depositarse en el rostro de Frank, dejando una huella blanquecina. Bulgar, con los brazos en jarras, lanzó una estridente carcajada.

—¿No lo conociste, idiota? ¡Míralo bien!

Frank tomó violentamente la brocha que el barbero sostenía en sus manos y la apartó con un ligero movimiento, esperando. Cuando Gord se acercó a él para obligarlo a bajarse del sillón, levantó el brazo que blandía la brocha enjabonada. Gord tenía la boca abierta, riéndose, de modo que Frank pudo introducir la brocha entre sus dientes y luego, levantándose, empujarla al interior de la boca.

Flannegan estaba desesperado. —¡Aquí no, por Dios! ¡Cuidado con el espejo!

Gord se pasó el dorso de la mano por los labios, tratando de sacarse el jabón y cayó sobre Frank como una tromba. Estaba rojo de furia, recordando tal vez una pelea que sostuvieron anteriormente.

Gord había aprendido a luchar desde la última vez. Decerrajó un puñetazo con todas sus fuerzas en el hombro de su oponente. Frank retrocedió hacia la puerta, tratando de evitar la rotu-

ra de los vidrios. Llegó velozmente hasta el apeadero donde había atado su yegua.

Varios años pasaron desde la última pelea sostenida por los dos hombres. Cuando Gord montado en un gran ruano, lo atizaba ferozmente con sus espuelas hasta hacerlo sangrar. El caballo tenía la marca de Block B, y Frank no tenía por qué mezclarse, pero de todos modos lo intimó a ser más humano con el animal. Fue esa la iniciación de un odio feroz y contenido que tarde o temprano se derramaría en toda su purulencia.

En ese segundo encuentro Frank comprobó, hasta donde podían diezmar las fuerzas de un hombre tres años de hambre y de hospital. Dirigió un golpe al rostro de Gord con una fuerza que supuso capaz de derribarlo. Gord se tambaleó por el impacto, pero sin caer. Siguió en pie, amenazándolo con el ataque inminente.

En un breve respiro Frank notó algo anormal. Seis hombres acababan de salir de la cantina vecina, del tipo que había dado fama a Amelia de brava y feroz. Pertenecía al rancho Block B. Pudo reconocer a algunos; otros eran nuevos, de rostros amenazantes y furiosos. Todos lo rodearon, dándole la impresión que estaban dispuestos a terminar con él ni bien Gord se lo pidiera.

CAPITULO SEGUNDO

Pero Gord Bulgar no cejaría fácilmente en su empeño. El puñetazo de Frank lo alcanzó en la mandíbula, haciendo perder pie y cayó pesadamente sobre la tierra. Tenía el rostro lívido de furia.

Frank esperaba. El recuerdo de los cadáveres y el hambre le habían dejado un saldo espantoso, pero aún tenía fuerzas para derribar a un malviviente. El pensamiento lo hizo sentir más reanimado.

Tres de los hombres del rancho Block B, cayeron sobre el rebelde. Dos lo tomaron por la espalda y el tercero puso su ancha mano sobre su rostro. Ante la fuerza de sus atacantes, Frank dobó las rodillas. Una nube cubrió su cerebro.

—¡Atrás, malditos! ¡Dejen a ese hombre!

De inmediato los tres abandonaron a su presa. Frank giró rápidamente hacia la dirección de la voz, mientras respiraba con fatiga y trataba de enfocar la escena. Un hombre alto y delgado, exageradamente delgado, estaba de pie junto a un carretón, apuntando a Bulgar con una escopeta.

—Ustedes, los seis, de espaldas contra la pared. ¡Esta es la única forma de hablar que entienden, sucios tejanes! Huyen o atacan a una persona indefensa...

El que así hablaba era un muchacho joven, que no contaría más de veintitres años, pero dueño de un temperamento fogoso, a juzgar por la furia relajada en sus ojos de un celeste aguado.

Un típico granjero de Nueva Inglaterra, pensó Frank. Entonces comprendió quién era el que tan intempestivamente se había presentado en su ayuda. Era el nuevo dueño de "La Medialuna", el hermano de Julie Johnson.

—Rápido —le dijo Nathan Johnson a Frank—. Si tiene un caballo, monte en seguida. De lo contrario suba a mi carretón.

Uno de los hombres que había atacado a Frank lanzó un grito: —¡Dense por muertos los dos si



no se van ahora mismo del pueblo!"

Johnson levantó su escopeta y los otros retrocedieron. Pero sus destinos estaban echados, pensó Frank mientras subía a su yegua. Sabía que Johnson era demasiado débil para subsistir en ese territorio y que desde ese momento no tendrían un minuto de paz hasta que...

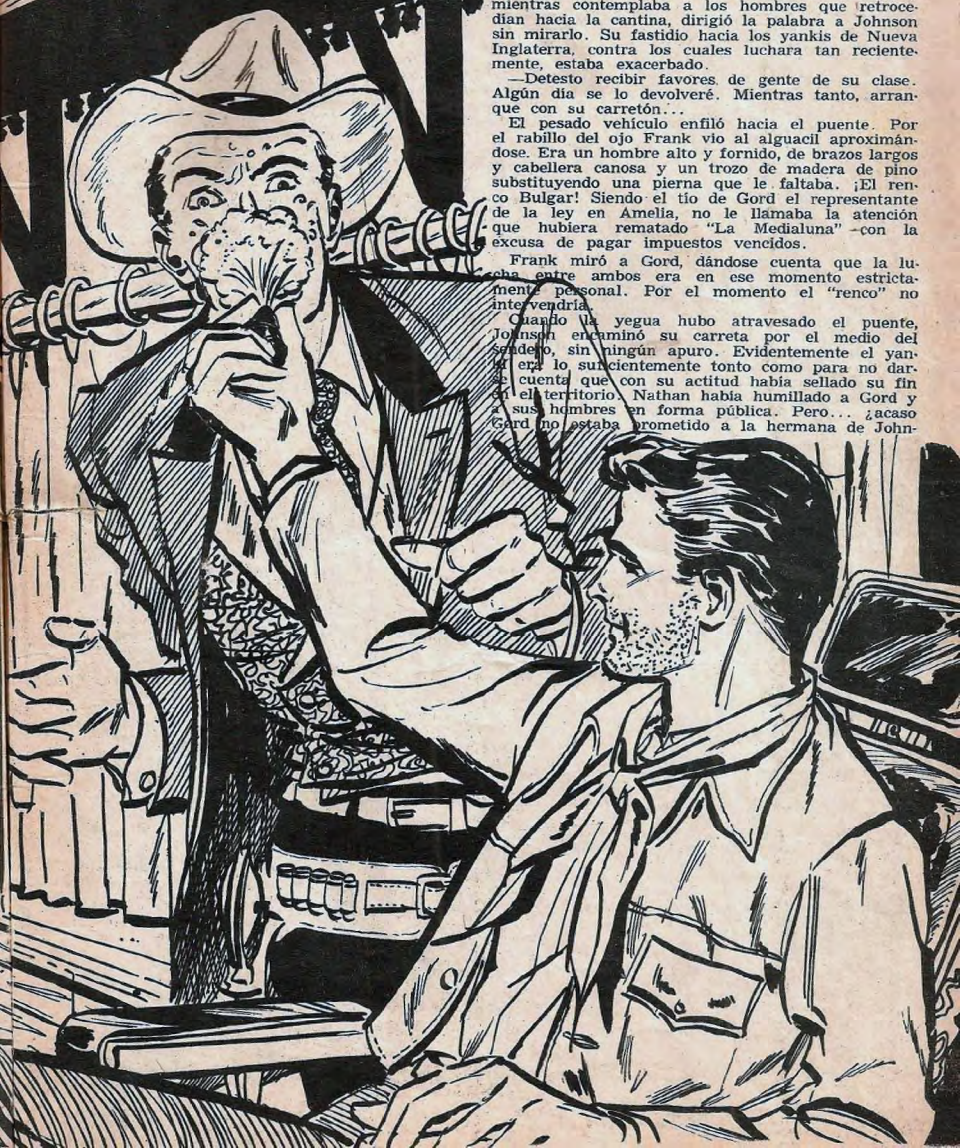
La pistola de Frank estaba sobre la montura, y mientras contemplaba a los hombres que retrocedían hacia la cantina, dirigió la palabra a Johnson sin mirarlo. Su fastidio hacia los yankis de Nueva Inglaterra, contra los cuales luchara tan recientemente, estaba exacerbado.

—Detesto recibir favores de gente de su clase. Algún día se lo devolveré. Mientras tanto, arranque con su carretón...

El pesado vehículo enfiló hacia el puente. Por el raballo del ojo Frank vio al alguacil aproximándose. Era un hombre alto y fornido, de brazos largos y cabellera canosa y un trozo de madera de pino substituyendo una pierna que le faltaba. ¡El renco Bulgar! Siendo el tío de Gord el representante de la ley en Amella, no le llamaba la atención que hubiera rematado "La Medialuna" —con la excusa de pagar impuestos vencidos.

Frank miró a Gord, dándose cuenta que la lucha entre ambos era en ese momento estrictamente personal. Por el momento el "renco" no intervendría.

Cuando la yegua hubo atravesado el puente, Johnson encaminó su carreta por el medio del sendero, sin ningún apuro. Evidentemente el yanki era lo suficientemente tonto como para no darse cuenta que con su actitud había sellado su fin en el territorio. Nathan había humillado a Gord y a sus hombres en forma pública. Pero... ¿acaso Gord no estaba prometido a la hermana de John-



son? Todo era tan raro!

Nathan lo miró por encima del hombro, asintiendo fríamente al ver que la yegua se aproximaba. En sus ojos claros brillaba un destello de desafío. ¿Está buscando más complicaciones? —le preguntó desde el asiento.

—Podría ser, si encontrara un yanki a mano...

—Sí, veo que usa un uniforme gris. Pero sepa, tejanos que no abrigo ninguna aversión contra ustedes en este momento.

—Me gusta oírle decir eso, Johnson. Nuestra lancha fue siempre limpia.

—Eso yo sé que sí. En cuanto a lo que les dije a los hombres de Bulgar, no lo tome como cosa personal. Esos individuos me sacaron de las casillas. Pero como soy naturalmente curioso, quisiera saber cómo supo mi nombre...

Frank hizo una mueca. Ese hombre le gustaba cada vez más. —Lo supuse —admitió—. Parece que los dos hemos tenido algo en común... por lo menos hubo una época en que consideré mi rancho "La Medialuna". Mi apellido es Bain.

Sus palabras hicieron un impacto en Nathan, quien detuvo los caballos. —Suba a mi carro, Bain, y ate su caballo. ¿Quiere venir al rancho?

Cuando Frank trepó al asiento se sorprendió ante la expresión de Nathan, preocupado y absorto. ¿Tal vez no le gustaría la idea que su hermana Julie estuviera por casarse con Gord?



Pero por supuesto nada de eso le importaba. Frank se encogió de hombros. —¿Gord sigue teniendo como guardaespaldas a Farraday?

Nathan asintió, siempre con la expresión preocupada.

—¿Sabe, Johnson, lo que se ha echado encima? No tiene idea de todo lo que hemos venido pasando... Pero de todos modos, le aseguro que mientras mi hermana y yo sigamos en "La Medialuna", usted puede contar con ella como con su propia casa.

Esas palabras fueron una sorpresa increíble para Frank. ¿Por qué tendría intención de devolverle algo un hombre que en forma tan legal aparentemente se había apoderado de lo que era suyo.

Entonces descubrió el motivo. En "La Medialuna" no debían quedar hombres para protegerla, y estando él en el rancho contaban con un revólver experto sin pagar un centavo. Ese pensamiento le hizo apretar las mandíbulas.

Nathan levantó la cabeza, entretejiendo al entrever el razonamiento del soldado. —He oído hablar mucho de usted, Bain. A través de Esteban. ¡Esteban! El corazón de Frank aceleró sus latidos. El mexicano había sido el amigo más fiel de su padre.

—¿Sigue con ustedes Esteban? Dormía en los galpones cuando compramos el rancho. Nos apuntó con su rifle al vernos subir la cuesta —y el muchacho encogió sus delgados hombros— Mi hermana le habló, hasta tranquilizarlo. También es rebelde, Bain.

Otra pregunta comenzó a danzar en la mente de Frank. Invitándolo como huésped a "La Medialuna" ¿no se propondría Johnson hacer que su hermana se interesase por él, olvidando a Gord?

—¿Qué idea absurda! No había vuelto a Amelia para enamorarse de una mujer yanki. ¡Ridículo! Estaba allí porque era el lugar donde nació, porque nada le era tan grato al espíritu como el viento y el pasto de las colinas de Texas. Bain había elegido su destino y lo llevaría adelante hasta el fin.

Había llegado a una hondonada. Una vaca y su ternero corrieron despavoridos, atravesándose en el camino. Frank tomó las riendas de manos de Nathan, deteniendo el carro. Recién entonces miró las marcas de los dos animales, sin poder creer en lo que veía.

—Mi hermana encontró varias vacas rondando por las colinas con la marca de "La Medialuna" —explicó Nathan —y le pidió a Esteban que buscara el hierro. Con sus propias manos marcó a todos los terneros que halló siguiendo a esas vacas. Gord estaba furioso... por eso. Se supone

que "La Medialuna" está muerto como campo dedicado al ganado vacuno. Sólo criábamos caballos.

Nathan había dicho que su hermana era una rebelde. Eso le hizo pensar que Julie Johnson debía tener un espíritu sublevado.

Pronto llegaron a una choza de maderas, junto a un corral. Alrededor crecían algodonales como protección, a la manera de los pioneros.

Esteban apareció a recibirlos. Miró a Frank, sin creer en lo que estaba viendo.

—¡Señor! ¡Dios Bendito! No puede ser! Frank lo palmeó por la espalda. ¡Ese hombre le estaba dando la bienvenida a su hogar! Así debía haber sido en realidad el recibimiento dado a un soldado que entregó cuatro largos años de su vida al territorio.

El anciano y arrugado mexicano, de piel cetrina y cabellos largos renegridos con hilos plateados miraba el rostro de Frank con cariffo paternal. De pronto divisó la pistola que colgaba en la cartuchera del muchacho, y la mirada de desafío se reflejó en sus ojos.

—¡Nada! —murmuró— Gord no puede salirse con la suya. Usted le demostrará lo que es ser valiente.

Frank asintió lentamente. —Le declararemos la guerra, amigo mío.

—Vuelva a montar en su yegua —resonó una voz detrás de ellos —¡No lo queremos aquí!

Frank giró con rapidez para encontrar la mirada retadora de la muchacha. Julie blandía un látigo de fibra trenzada, pero él ni siquiera reparó en ello, atraído sólo por su rostro, hermoso como una flor.

De pronto la joven levantó la mano y el látigo vibró por el aire, junto a su oreja, clavándose como un dardo en su nuca.

CAPITULO TERCERO

—¡Julie! —exclamó Nathan Johnson —¡Es Frank Bain!

Ella hizo un gesto con la mano. —¿Y qué diferencia hace? No quiero que nadie nos vigile. Nos vamos, ¿me has oído, Nathan? ¡Nos vamos de estas tierras!

Julie, por Dios! —y Nathan había asumido un tono falsamente autoritario, como para convencer a Frank que era él quien llevaba la voz tonante. Pero evidentemente ella Julie la más fuerte.

La muchacha estudiaba al recién llegado con detenimiento. —¿Frank Bain? —repitió pensativa.

Frank dio un paso hacia ella, que tomada de sorpresa intentó luchar mientras le sacaba el látigo de las manos. Por fin cedieron sus fuerzas y Frank arrojó el trozo de rienda al carro.

Los hermosos ojos de Julie se caujaron de lágrimas. El permaneció inmóvil, experimentando la impotencia masculina típica de un hombre ante una mujer llorando, hasta que la joven se controló, secándose las lágrimas con el revés del guante.

—No puedo soportar más, Nathan! —gimió—. Esta tarde salí para echar un vistazo a los caballos, y encontré a Esteban atado en la tranquera del norte... Farraday estaba tratando de hacerle confesar algo... algo que él no podía decir simplemente porque lo ignoraba! Si hubieran pasado otros cinco minutos lo hubiese encontrado muerto.

—Dice que encontró a Esteban atado a la tranquera? —repitió Frank— ¿Cómo es entonces que ahora esta libre? —y dirigió una larga mirada al mexicano.

Fue Esteban quien respondió a la pregunta. Porque fue ella quien me desató, señor. Vino lentamente, como una serpiente, y sorprendió a Farraday. ¡Ese látigo trenzado es capaz de hacer entrar en razón a cualquiera!





—¿Dónde está Farraday ahora? —inquirió Frank. —En el establo —replicó Julie —Estaban lo mató y lo trajo aquí. Pensábamos que Nathan lo llevaría al sheriff.

Nathan dejó escapar una exclamación y salió corriendo hacia el establo, seguido por la voz de Frank que lo incitaba a que esperase. —Es mejor que deje a Farraday donde está. El atraerá aquí a Bulgar, y entonces tendremos la oportunidad de enfrentarlo...

No puedo arriesgarme a traer aquí a Gord — fue la respuesta de Nathan —. Mi hermana no podría soportarlo.

—¡Tenía entendido que su hermana estaba prometida para casarse con Gord Bulgar — en rostro de Frank evidenciaba una profunda sorpresa.

—Está completamente equivocado —exclamó Julie, presa de furia, ya con los ojos ecos. Y tomándolo por un brazo lo detuvo —Usted, no entiende por qué Farraday tenía atado a Esteban en la tranquera.

Frank negó con la cabeza, esperando que ella prosiguiese hablando.

—Ignora lo que sucedió con su padre... Cass Bain... y la forma en que murió.

Nathan traía a Farraday hacia el carro, mientras Esteban le apuntaba con una pistola. Frank alcanzó a ver la amenazante cicatriz roja en la mejilla de Farraday, resto del latigazo que le aplicara Julie. Los ojos del hombre lanzaban destellos de furia.

—Era imposible infringir semejante acto a un individuo tan peligroso como Farraday sin despertar en él sus instintos asesinos — dijo Frank. —Era imprescindible terminar con este hombre o prepararse para morir. ¡Los Johnson eran tontos, tontos de remate!

Mientras permanecía de pie a pocos pasos de Farraday, Frank comprobó que lo reconocía y cediendo a un impulso vehemente lo tomó por la camisa comenzando a sacudirlo con fuerza.

—¿Cómo murió Cass Bain? ¡Dímelo si quieres dejar "La Medialuna" con vida! — y ciego de furia dirigió su mano a la pistola que llevaba en el cinto, dispuesto a matar a Farraday.

Pero Julie lo apartó por un brazo.

—No! ¡No! ¡Mi hermano entregará a Farraday al representante de la ley! La justicia es la única encargada de terminar con toda esta crueldad y todos estos crímenes.

Frank le dirigió una mirada de lástima. Bulgar representaba la justicia... el rencor Bulgar, tío de Gord. No existirían leyes mientras los dos estuvieran en el camino. ¿No lo comprendía esa mujer acaso?

Nathan Johnson empujó con fiereza al hombre hacia el asiento del carro, mientras Esteban trepaba también, sin dejar de apuntar con su revólver.

—Yo me encargo de que llegue hasta el pueblo sano y salvo —sonrió el mexicano a Frank. —¡Esteban también! Estaban todos locos. Esteban y los Johnson no permanecerían ni dentro ni fuera de Amelia con vida si dejaban vivir a Farraday. De todos modos ya nada podía hacer para convencerlos, y encogiéndose de hombros dio un paso hacia atrás.

El carro partió a toda velocidad dejando una estela de polvo.

—¿Quiere entrar a la casa? —resonó la voz de Julie en medio del silencio —Creo que debo decirle algunas cosas relativas a como compramos el rancho de su padre.

Frank la siguió al interior de la casa de madera, amueblada completamente a nuevo. Solo una cosa le parecía familiar al penetrar en la habitación: sobre el largo paño de la pared, un retrato enmarcado parecía dominarlo todo. Representaba un tejano con ojos de acero, mejillas prominentes y una barbilla negra y puntiaguda.

Julie vivió su sorpresa. —Lo hallé cuando limpiaba el decávan. Con una carta junto al envoltorio me hizo saber que tenía pensado regármelo.

de modo que lo conservé. Y ahora me alegro de haberlo hecho —la joven hablaba con convicción, usando una voz especialmente cálida y afectiva— Lo pintó un artista ambulante.

—De modo que colgó el retrato de Cass en su sala! —murmuró Frank. Mi padre nunca me escribió hablándome del cuadro.

Julie Johnson lanzó un breve suspiro. —En el último viaje que hizo su padre entregó ganado al Cuartelmaestre del ejército de Price. De acuerdo a lo que Esteban nos ha dicho, le pagaron en oro. —¿Cuántas cabezas de ganado llevó?

—Mil —hizo una pausa antes de proseguir— El resto del ganado de "La Medialuna" desapareció en ausencia de su padre.

El relato de la muchacha corroboraba lo que él había oído decir. Todo era coincidente salvo un nuevo dato: el pago en pago en moneda de oro que le hicieron a su padre. Los soldados sureños debían haber estado muy necesitados de carne para entregar oro, y si esa necesidad era imperiosa, resultaba probable que el precio pedido por Cass hubiese sido de 15 a 20 dólares por animal. ¡Una cantidad excesivamente abultada para viajar con ella a través de un territorio infestado de bandidos y cuatreros!

Frank tenía los ojos clavados en los de Julie. —¿Me dirá por qué Cass no vivió hasta llegar al cuartel?

La joven asintió. —Entregó la mercancía en algún sitio de Arkansas, en manos de los agentes del general Price. Esteban jura que nadie en los alrededores sospechaba que llevaban oro encima —y Julie lanzó un suspiro, contemplando como fascinada el retrato del viejo tejano.

La luz proveniente de la ventana del frente derramaba destellos sobre la tela, arrancando un brillo peculiar de los ojos de Cass Bain. Parecía que sus facciones recobraban vida ante la mirada directa de Julie.

—Me obsesiona el pensamiento de la valentía de ese pionero, Frank. Un hombre determinado de mundo a luchar hasta el fin. Nada lo hubiera derrotado si no...

—Nada —asintió Frank gravemente— Nada, excepto Gord Bulgar y sus balas. ¿O fue Farraday el encargado de matarlo?

No, respondió Julie con toda calma —Su padre no fue muerto en esa forma. A veinte millas del cruce del río Colorado le ordenó a Esteban que se detuviera con los caballos. Alguien le había seguido el rastro. Se separaron, Esteban hacia el Sud y su padre hacia los campos del Oeste, en dirección a "La Medialuna" pasando por el manantial de Diamante.

Un flujo de recuerdos llenó la mente de Frank, entre los que se encontraba el gusto de Julie al beber de las aguas del manantial de Diamante, sitio en el cual su padre solía detenerse en sus correrías.

—Como su padre no llegara, Esteban se decidió a ir en su busca. Lo encontró tirado en un matorral... caído de la montura para no moverse jamás. El doctor Crell juró que su padre había muerto de un ataque al corazón, y nadie le hizo cambiar de idea.

Frank estaba destrozado. —¿Fueron ellos los que le quitaron la vida a Cass, preocupándolo y abrumándolo con ideas horribles...

—Junto al manantial encontraron huellas de pieles —prosiguió Julie— Fueron cuatro los hombres que llegaron allí. Esteban no está seguro si entre ellos estaba Gord. Pero lo cierto es que jamás hallaron el oro.

Frank la miraba fijamente mientras la joven hablaba. Usted mismo podrá ver los agujeros que habrieron alrededor de la casa. No saben si Esteban trajo el oro o si él.

Julie dejó de hablar lanzando una exclamación. Ambos, de pie en medio de la habitación, escuchando el ruido de un caballo aproximándose. Frank divisó un jinete en la loma. Julie, temblando, se

acercó a él. Ella también había reconocido a Gord Bulgar.

—Quédese aquí, Frank. Yo saldré a recibirlo. Gord había descendido de su alazán. Antes de sacarse el sombrero para saludar a Julie dirigió una mirada a su alrededor, reconociendo la yegua de Frank. Le sonrió a la muchacha.

—Se me ocurre que nos hemos estado comportando en forma contraria a nuestros sentimientos. He venido a hablar de eso, Julie.



La muchacha respiraba fatigosamente. —No tenemos nada de qué hablar. Se lo he dicho de la manera más directa, aunque sin insultarlo todavía.

—Hay un baile el sábado a la noche, Julie... y dejó de hablar para morderse el labio inferior. Frank Bain acababa de aparecer por la puerta de la casa, para detenerse junto a Julie.

Con la mano sobre el revólver, Frank habló: —Ya lo ha oído. La señorita no tiene nada que hablar con usted, Gord. ¡Váyase en seguida!

CAPITULO CUARTO

En un instante la sonrisa de Gord Bulgar se tornó en una mueca de celos y de odios. Por fin entreabrió los labios para hablar: —¿Escondiéndose detrás de las polleras de una mujer, Bain?

—No me escondía hace poco, en Amelia —respondió Frank.

—Señor Bulgar —intervino Julie, desesperada— Muchas gracias por su visita. Ha sido muy amable en venir.

Los ojos de Bulgar refregaban ante la despedida, pero por fin respondió: —Esta es una visita de negocios. He venido a comprarles el rancho. No tendría por qué hacerlo, pero les ofrezco la suma que pagaron en el remate del sheriff.

Julie sostuvo la mirada de Gord, mientras su piel tostada empalidecía visiblemente. Pocos minutos antes Frank le había oído decir que pensaba irse de Texas, pero ahora escuchó atónito sus palabras, pronunciadas con énfasis:

—¡Jamás le venderé "La Medialuna". Adiós, señor Bulgar.

—Es posible que su hermano piense de otra manera —replicó Bulgar. Y antes de montar en su alazán se volvió a Frank —Y la próxima vez que nos encontremos...

Y espoleó fieramente el caballo con el filo de sus agudas espuelas. Frank permaneció silencioso junto a Julie hasta que el jinete desapareció de su visión.

—¿Por qué no quiso vender? —le preguntó él lentamente.

—Lo haría, a menos que... —y levantó hacia Frank sus ojos cuajados de lágrimas —¿Quisiera comprar usted "La Medialuna"? ¿Tiene el dinero?

Hizo un gesto de impotencia cuando Frank negó con la cabeza. Ningún soldado volvía de la guerra ni siquiera con el dinero necesario para comprar comida.

—Nathan está enfermo, Frank. No debimos haber venido aquí... Es una zona alta la que él necesita para su salud, aire seco tal vez... —le pareció a Frank que la joven intentaba excusar a su hermano.

—¿Entonces por qué no le vendió a Bulgar?

Julie dio media vuelta y señaló al interior de la casa.

Ese espacio de la sala es el que me lo impide. Siento como si lo hubiese conocido de toda la vida. Cass Bain nunca supo lo que significaba huir. Cuando miré junto a usted el retrato, me sentí avergonzada. Ya nunca podré huir de aquellos ojos me seguirán como culpándose de mi cobardía —ahora había vuelto su mirada a Frank, sin embarazo ni vergüenza— Noté que caminaba con dificultad, Frank. ¿Una herida de guerra? ¿Acaso...?

—Casi cicatrizada —interrumpió él— No. No me importa hablar de ella. Sucedió hace tres años, en Corinto, estando con Jeb Stuart. Avanzábamos bajo las órdenes de Van Dorn para sorprender a los yanquis, pero fueron ellos quienes nos sorprendieron a nosotros. No sabíamos que habían recibido material nuevo —he hizo una pausa, como recordando amargamente cosas pasadas.

—¿Siguieron adelante a pesar del ataque? Frank asintió, sorprendido ante lo que ella dijo a continuación.

He aprendido algo de ustedes, los soldados de uniforme gris. Me quedaré en Texas. Lucharé contra Gord Bulgar hasta mi último aliento.

Julie había olvidado que los soldados de gris habían exhalado también el último aliento, pensó Frank, luchando al final en la convicción de que todo estaba perdido.

Una hora más tarde, mientras cocinaba, Julie volvió a dirigirse a Frank. —No le han dejado a Esteban ni una hora de paz. Lo torturaron continuamente. No entiendo cómo ha podido soportarlo.

Un destello de comprensión pasó por los ojos de Frank. Los ejemplos de devoción de ese mexicano cetrino y arrugado hacia los Bain formaban parte de los primeros recuerdos de su infancia.

—Una vez lo estequaron —comentó Julie, furiosa. Durante tres días los desafío, sin comida y sólo con una cantimplora de agua cerca de él, bajo el sol abrasador. El doctor Crell lo encontró delirando y lo llevó a Amelia. Lo único que decía en su delirio era que él no había estado con Cass Bain y que ignoraba qué había hecho con el oro, si es que había hecho algo.

—¡Jamás lo sabrás si Esteban no se lo dice —dijo Frank.

—¡Maldito oro! ¡Los hombres son capaces de cualquier cosa para obtenerlo! —exclamó Julie con fuerza —¿Cree usted que...?

—¿Quién puede decirlo? Los tejanos han venido escondiendo tesoros desde que llegaron aquí los primeros españoles.

Mientras hablaban, Julie sintió renovar sus fuerzas. Suavemente lo tomó por un brazo y lo acompañó hasta una escalera que subía desde la parte exterior de la casa de troncos.

—Ha estado afuera mucho tiempo, Frank. Encontrará sus cosas reunidas en el altillo. En cuanto a las pertenencias de su padre y a lo que no fue robado de sus ropas...

Se detuvo, consciente de la mirada escrutadora de Frank, para proseguir de inmediato.

—Comeremos ni bien usted, se haya refrescado —y giró sobre sus talones.

Frank tenía las ideas confusas en la mente, sin poder ordenarlas. —Esta es su casa: ustedes la compraron. ¿Por qué entonces se tomó todo ese trabajo en beneficio de personas totalmente desconocidas? —preguntó.

Nunca los hemos considerado como desconocidos. Cass Bain cultivó estas tierras y crió su ganado en medio del desierto: lo admiro profundamente por su tenacidad y su rebeldía a todos los ataques. La gente decía que usted estaba muerto, pero jamás quise dar crédito a los rumores —y le dirigió una cálida sonrisa —Nathan volverá en seguida —y volvió a la cocina.

Oscuridad y Frank dudó de que Nathan regresara. Y si tenía la fortuna de hacerlo, había ganado en experiencia. El "renco" Bulgar jamás tendría ni la más remota idea de hacer justicia con Farraday, y era evidente que a esa hora el feroz saez de Gord estaría en libertad. Nathan, si es que volvía, corría peligro de caer en una emboscada.

Se lavó en la pileta situada en la parte posterior de la casa y subió al altillo por la escalera. Sus pertenencias, arrinconadas allí, le hicieron latir apresuradamente el corazón.

Estaba el viejo baúl, la hamaca y las botas de Cass Bain, una junto a la otra contra la pared. Frank recordó la última vez que había visto a su padre usarlas. También vio el viejo sombrero de fieltro, un par de pantalones tejanos de grandes rayas y un retrato mal hecho del padre de Cass.

Frank dio unos pasos, levantando del suelo un par de pantalones totalmente comidos por la po-



lilla. Volvió a dejarlos para tomar las botas de Cass y cambiárselas por sus zapatos. Las tenía puestas cuando descendió por la escalera.

Julie no hizo ningún comentario con respecto a las botas, evidentemente preocupada.

—¿Algo debe haberle pasado a Nathan? Lo presiento... usted tenía razón: no debió nunca haber ido a Amelia.

El ruido de un carro aproximándose la enmudeció, haciéndola avanzar rápidamente, junto a Frank. Vio la carreta adelantándose por la pradera y pronto el rostro de Nathan presa de excitación, deteniéndola.

—¡Maldición! —gritó— Ese renco del diablo estaba dispuesto a encarcelarnos a Esteban y a mí. Dijo que mentíamos y dejó en libertad a Farraday...

Son malvados y perversos —sentenció Esteban, mientras acariciaba su revólver y lucía una expresión amenazante en sus ojos oscuros.

—El doctor Crell amenazó y previno al sheriff —prosiguió diciendo Nathan— Dijo que él personalmente le rompería la cara al "renco" con sumo placer si Farraday nos hacía algo a nosotros.

Después de comer Frank anunció que se disponía a visitar a Gord Bulgar él solo. Julie se dio cuenta que todo argumento sería inútil y que no cejaría en su decisión.

—Por lo menos —dijo— podemos ofrecerle un buen caballo. A Dios gracias todavía los tenemos. Todos necesitan caballos desde que empezó la guerra. Hemos ganado mucho dinero con los nuestros. Todavía nos quedan buenos reproductores —y miró hacia afuera— ¡En realidad el que usted montaba no era gran cosa!

Sonriendo, Frank aceptó la oferta. En verdad su yegua no estaba lo suficientemente en regla para la misión que se proponía llevar a cabo.

Mientras ensillaba un caballo, le aconsejó a Nathan que permaneciese cerca de la casa. Para su interior creía que Nathan no sabía bien todo el peligro que los acechaba.

Mientras tanto Esteban también había ensillado un caballo, e ignorando las protestas de Frank, comenzó a marchar detrás suyo.

A un cuarto de milla, ya en la ruta, el mexicano rompió el silencio y se largó a hablar.

—El patrón me ordenó que siguiera avanzando... Ahora ha muerto —y respetuosamente se persignó—

—¿Quiere que siga haciendo el tonto? Diez, veinte hombres lo esperan en Block B. ¿Acaso puede hacerles frente solo? ¡Nada! Si lo matan, me matarán a mí a su lado, señor.

CAPITULO QUINTO

Frank detuvo su caballo para permitir que Esteban avanzara a su lado, en un gesto de consentimiento. No hablaba simplemente porque trataba de aguzar su oído a fin de percibir algún ruido que delatase la proximidad de los hombres de Bulgar. Minutos más tarde desplegó los labios:

—Hablame de Cass, Esteban. Fuiste el último en hablar con él.

Esteban lanzó un suspiro, los ojos fijos en una hilera de árboles del horizonte. A una milla de el sitio donde estaban, los Johnson dejaban sus caballos por la noche. Cincuenta yeguas y reproductores que constituían un excelente blanco para Bulgar. El mismo pensamiento cayó como un relámpago para ambos hombres. Julie perdería sus caballos posiblemente antes del amanecer.

—Mi corazón pareció detenerse cuando su padre me dejó para proseguir solo el camino. Sus palabras finales fueron para usted, señor. ¡Nunca las olvidaré!

Frank giró en su montura. —¿Cuáles fueron?

—El patrón habló de los manantiales de Diamante, comentando qué dulce y qué cristalina era su agua. Nunca dejó de creer que usted volvería a casa, señor. Siempre supo que no moriría bajo una bala yanki. Me pidió que le hiciera recordar

que todos los años el manantial debía ser limpiado. "Es lo mejor de nuestras tierras —dijo el patrón— Dile, Esteban, que no se olvide de vigilar esas aguas".

Frank cabalgaba, reflexionando. ¿Qué significaba



ese extraño mensaje? ¿Acaso encerraban esas palabras un secreto? Cass Bain había caído precisamente en el manantial de Diamante. Seguramente sus enemigos habían registrado allí todos los escondites posibles, tal como habían hecho con la tierra que rodeaba el rancho. Pero aún seguían buscando el escondite del oro entregado por los oficiales de la Confederación, y eso significaba una sola cosa: que no habían encontrado nada en donde Cass pasara la última noche.

—¿Tú crees que mi padre escondió el oro en los manantiales de Diamante?

—He estado allí, buscándolo, amigo. Solo, de noche... —de pronto Esteban enmudeció, conteniendo el aliento —¿Cielos! ¿Quién es?

Frank detuvo su caballo, dirigiendo la mirada hacia un declive del terreno que llevaba a un arroyo seco, en el cual se desdibujaban los contornos de tres jinetes. El de adelante era Farraday.

Junto a él Esteban husmeaba el aire. —Van hacia Block B...

Era muy probable que así fuera. Block B, estaba a más de una milla y media hacia el Oeste y un poco desviando al Norte. Frank sonrió.

—Los tenemos al frente, Esteban. Buenos... ¡no habrá tiros por la espalda!

El mexicano hizo un gesto de duda. —¿No podemos estar seguros!

Pero Frank se sentía a salvo mientras los tres jinetes de adelante no se dieran cuenta de que los seguían. Deseaba vivamente que los caballos no les dieran la voz de alerta.

Mientras Esteban y Frank permanecían inmóviles, Farraday irrumpió por el bosquecillo que bordeaba el arroyo, tomó rectamente por la derecha y actuando como si ignorara que lo estaban observando, retomó la dirección original, perdiéndose de vista más allá de una elevación del terreno.

—Está decidido —y Frank acarició su caballo con la mano libre —Vete al arroyo y retén los caballos. Yo seguiré solo.

Esteban lanzó un gruñido, como si le disgustara la propuesta, pero siguió avanzando.

Frank recordó lo que Gord había dicho en "La Medialuna" esa tarde y la despedida implacable de Julie. Por supuesto Gord abrigaría un deseo abrasado de venganza. De todos modos, Julie había estado sagaz poniendo las cartas sobre el tapete.

Dejó a Esteban con los caballos en el arroyo seco, y trepó por la ladera opuesta a pie. Estaba convencido de que Farraday no había mirado hacia atrás cuando subió por la colina. Pero ¿y si los demás sospechaban que él y Esteban les seguían el rastro? ¿Qué simple sería para Farraday matarlos!

La misión era similar a otras cien que había realizado en la guerra, temiendo a cada momento caer en una emboscada yanki.

Avanzó levemente, agachado para evitar que lo vieran, y al llegar al sitio en el cual debía estar Farraday por última vez, se incorporó para indicar a Esteban que fuera con los caballos. De pronto oyó voces: más allá de la colina en la cual estaba parapetado, varios hombres se encontraban reunidos. En un claro vió sentado a cinco secuaces de

Bulgar, mirando a Farraday y a los otros dos que habían venido con él. Bulgar hablaba con cólera evidente:

—Les ordené que se mantuvieran lejos de "La Medialuna"...

—Tranquilecese, Gord —respondió socarronamente Farraday—. Ni siquiera me acerqué a esa bruja suya.

El tono y la insinuación que implicaban esas palabras enfurecieron a Frank, quien comprendió la furia de Gord, capaz de llevarlo a cometer el error de amenazar abiertamente a uno de los suyos.

—¡Deja a esa muchacha fuera de esto! Si vuelves otra vez a ir hacia ella, te mataré.

Farraday no comentó nada, en silencio desafiante. Gord permaneció un momento, cavilando, y por fin hizo un gesto con la mano.

—Pero ya que estamos aquí, seguiremos adelante. Cuando terminemos con éste trabajo, ya tendremos otro.

Farraday, seguro de sí mismo, habló: —¿Los caballos?

Bulgar asintió. —Los llevarán esta noche hasta la represa, y esperarán a que yo llegue. Dentro de dos semanas me reuniré con ustedes.

Bulgar espoleó su caballo y Farraday se acercó rápidamente hacia él. Los otros jinetes siguieron formando una hilera. Siguieron hablando, pero Frank no pudo distinguir de qué.

Su atención centrada en un animal sin jinete, con montura y riendas. Bulgar debía haber dejado un hombre como vigía, para dar la voz de alerta si alguien se acercaba. En algún sitio, entre la maleza que bordeaba la colina, un secuaz de Bulgar observaba. Frank se apretó contra la tierra. Oyó a Esteban subiendo con los caballos. Nada más: sólo el profundo silencio.

Adelante suyo, en medio de la oscuridad, se contorneó una figura. Apenas había hecho un amenaza por incorporarse, cuando el otro se lanzó velozmente sobre él. ¿Por qué no había disparado su arma?, se preguntó Frank, hasta comprender cabalmente el motivo: el vigía había sido tomado de sorpresa, y su primera reacción fue luchar cuerpo a cuerpo.

Ante el impacto, Frank reunió todas sus fuerzas. El brillo de acero centelló ante sus ojos cuando asíó al vigía por los brazos dándole un empujón. El otro, con un juramento, cayó por la ladera, yendo a dar de espaldas en el pie de la colina, sin siquiera hacer un movimiento.

¡Señor! —exclamó Esteban a pocos pasos de Frank. Había estado apuntando con su pistola, pero sin decidirse a disparar. Le resultaba imposible distinguir entre Frank y su contrincante entre las sombras.

—¡Monta a tu caballo! —le ordenó Frank—. Estos malditos están detrás de los caballos de Julie. Debemos detenerlos!

—El pasaje Muerto! —susurró Esteban—. Los arriarán hacia el Oeste, usando el pasaje...

Frank, antes de partir, le dio otro golpe al vigía con la culata de su revólver.

Avanzaron hacia el Norte, donde estaba el campo de pastoreo de los Johnson. Era lógico que tal resultaba el punto neurálgico del robo. Dos hombres no podrían detener el pillaje, pero por lo menos le harían pagar caro a Gord y a los suyos.

A las tres millas de cabálgar, llegaron a un pasaje en forma de garganta estrecha, cubierto por maleza. Frank extrajo de su faltriquera un fusil Spencer de repetición, de caño doble. Ese, decidió, era un punto estratégico para una emboscada.

—Lleva los caballos a un lugar que están a resguardo —le ordenó a Esteban.

Tenía siete balas calibre 52 en la pistola de repetición y cinco más en su Colt. Ayudado por Esteban, podía estar seguro que algunos de los cuatros no saldrían jamás del pasaje. Se parapetó detrás de una roca de granito, con la Spencer contra su mejilla.

Al cabo de algunos minutos, que le parecieron una eternidad, oyó el galope de los caballos de Julie, acercándose. La mano de Esteban se apoyó entonces suavemente sobre su hombro.

—Amigo: debo decirte algo... para el caso de que no viva después de esta lucha. Creo que sé lo que buscan en el manantial de Diamante. El patrón cavó un pozo profundo. Sumergido en el agua, pudo haber puesto el oro en la brecha de un malecón. ¡Puede estar allí esperándolo, señor!

Frank sonrió ligeramente: —No sabes de cuánto me servirá ese dinero, Esteban! —y musitó su agradecimiento.

Los primeros caballos de la tropilla de Julie se acercaban ya al pasaje, y presionándolos a paso rápido venían los hombres de Bulgar.

La noche en su quietud se vio matizada por llamaradas de fuego, teñida de rojo. Esteban había sido el primero en disparar una bala de su vieja carabina contra los jinetes de adelante.

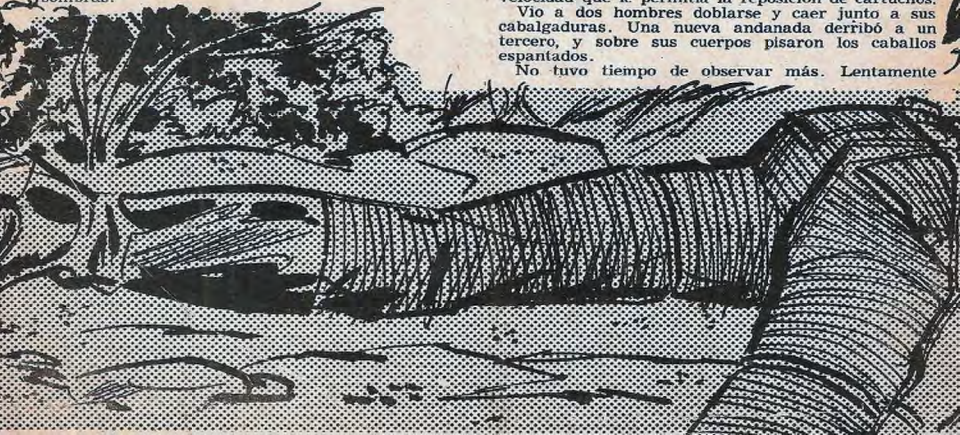
"Esteban: dile a mi hijo que no se olvide de vigilar las aguas del manantial de Diamante", había dicho Cass Bain. ¿Qué significaban esas palabras?

CAPITULO SEXTO

Frank no pudo saber si la bala de Esteban había dado en el blanco, pero sí comprobó que ante el ruido inusitado los caballos se desbocaron, desprovistos. Apretó el gatillo de su Spencer a toda velocidad que le permitía la reposición de cartuchos.

Vio a dos hombres doblarse y caer junto a sus cabalgaduras. Una nueva andanada derribó a un tercero, y sobre sus cuerpos pisaron los caballos espantados.

No tuvo tiempo de observar más. Lentamente



se deslizó de su posición mientras las balas silbaban, amenazadoras. Bulgar había ordenado a sus hombres que rodeaban a los atacantes, y estos tomaron posiciones junto al borde del estrecho pasaje, sorteando los caballos desbocados.

Ya en su nuevo atalaya, Frank introdujo otro cartucho en su Spencer y disparó. Ahora no podría disparar más de una vez seguida. Cada vez que lo hacía, se dejaba deslizar por sobre la tierra, mientras los otros disparaban hacia su posición anterior.

Así llegó hasta el extremo del pasaje ¡Monta tu caballo! —le gritó a Esteban.

Fugazmente divisó al mexicano, intentando con todo su esfuerzo subir al caballo, nervioso e irascible por el miedo.

—¿Estás herido?

—No... No es nada.

—Vete a "La Medialuna" y haz que Julie...

El fuego renovado lo hizo callar. Adelante suyo se extendía un espeso bosquecillo de arbustos, algunos de cuyos troncos yacían desparramados sobre el angosto pasadizo. Entre los árboles Frank alcanzó ver a un jinete disparando contra los hombres de Bulgar.

Con la Colt en la mano, se acercó al recién llegado. Al reconocerlo, creyó que, desvariaba.

—¡Johnson! ¿No le dije que permaneciera cerca del rancho?

—El ruido de los caballos me preocupó —replicó Nathan Johnson —Debia hacer algo.

—¡Fue un error dejar sola a Julie! —exclamó Frank.

—No corre peligro si matamos a estos hombres —fue la respuesta de Johnson— Aunque tal vez tenga razón... Creo que Farraday desertó de sus compañeros y huyó solo hacia el sur.

Esas palabras tuvieron la virtud de acelerar el corazón de Frank. —¿En qué dirección? ¿Quiere decir...?

—Hacia "La Medialuna"

Frank montó velozmente, espoleando a su caballo, que de inmediato se internó en el angosto sendero. Dándose vuelta gritó con toda su voz:

—Echele una mirada a Esteban ¡Está herido! Buena suerte!

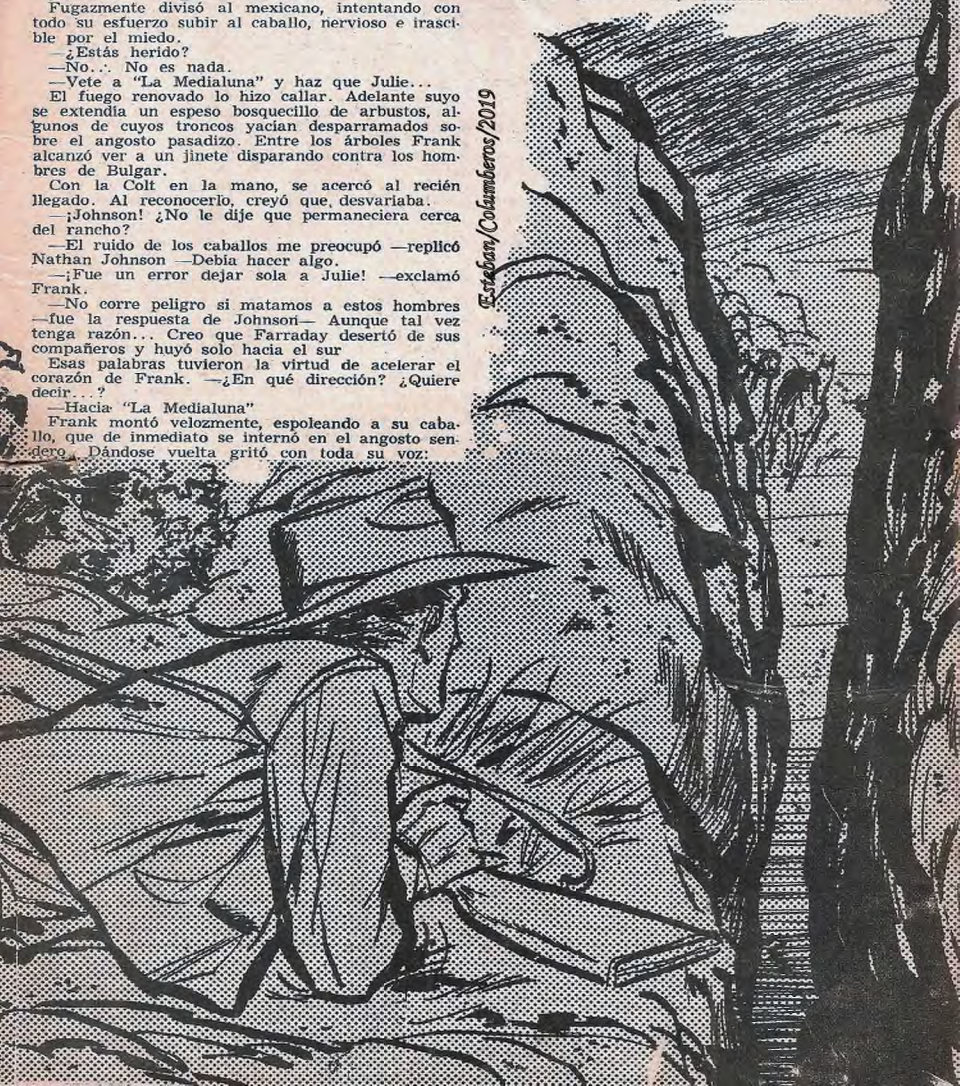
Un ramalazo de miedo amenazó su pecho, mientras seguía espoleando a su caballo.

Al acercarse a "La Medialuna" vio el cielo teñido de rojo. Altas llamaradas se levantaban de la tierra, envolviendo la casa que había construido Cass con incontables esfuerzos, la casa en la cual había quedado Julie sola.

Entre el humo y las polvareda, alcanzó a ver el contorno de un caballo, el de Farraday, enfilando hacia el Oeste. ¡El animal llevaba dos jinetes!

Supuso que Farraday enfilaba hacia el rancho.

Esteban/Columberos/2019



98 de Bulgar, y lo siguió. En dos ocasiones pudo haber derribado el caballo de un tiro, pero el recuerdo de la figura montada adelante de Farraday detuvo su mano.

Cuando estuvo seguro que el raptor iba hacia el rancho de Bulgar para buscar un caballo fresco, tomó el camino lateral, separado del que seguía el otro por riscos y arbustos, galopando a todo vapor. Su caballo respiraba fatigosamente, exhausto, cuando extrajo la Spencer de su bota y se dirigió cautelosamente a la casa.

Podrían oírlo, y el presentimiento del peligro le hizo detenerse en un rincón del establo. Más atrás oyó que se detenía el galope de otro caballo, evidentemente también sin fuerzas. En ese preciso momento Frank alcanzó a divisar el brillo de un caño de rifle apuntando desde la puerta entreabierta del rancho. ¡Otro hombre vigilaba el patio!

Farraday desmontó como una exhalación. El caballo de Frank, con un solo jinete, había llegado antes.

Julie permanecía montada, sus manos atadas en la agarradera delantera. Frank levantó su Colt cuando Farraday dirigió sus pasos al establo. El raptor penetró allí sin darle tiempo a nada. Entonces Frank decidió correr un riesgo, y sacando un pequeño cuchillo de su cintura avanzó hacia Julie.

Con cortes certeros la libró de las ataduras, la hizo descender y la tomó por un brazo escondiéndose presurosos en la parte posterior del establo.

La puerta de la casa se abrió, resonando en el patio la voz estridente del "renco" Bulgar mientras Farraday emergía del establo llevando un caballo de las riendas.

—¿Qué estás haciendo?

Farraday, mirando espantado la puerta del rancho, no había notado que Julie no estaba sobre la montura. El caballo con la cual la raptara, falto de aliento, había dado unos pasos hacia las sombras del granero.

—Te he visto con una mujer maniatada en el caballo. ¿Era Julie Johnson, Farraday?

Frank comprendió de inmediato que el "renco" no lo había visto cuando liberó a Julie de las ataduras y la sacó del caballo.

Farraday echó mano a su revólver, pero no con la rapidez suficiente. Una bala de rifle del "renco" Bulgar lo derribó por tierra, donde permaneció inmóvil con las piernas abiertas.

Frank pudo oír el ruido de cascos de caballo avanzando rápidamente. Bulgar también se había sentido atraído por el fuego en "La Medialuna".

Existía un solo lugar a salvo para Julie, y Frank la condujo allí. La casa de Gord Bulgar era un edificio cuadrado de adobe, con techo plano, y junto a su pared posterior se erigía un barril para almacenar agua de lluvia. Se subieron al borde del barril de un salto, y desde allí hasta el techo de la casa.

—¡Frank! —murmuró la muchacha.

—¡Silencio! —previno él —No debemos ni siquiera movernos, pase lo que pase.

Y tuvo el fugaz impulso de acariciar a la aterrada joven, consiguiendo sobreponerse... por el momento.

Nuevamente los sucesos del patio atraerón su atención. Bulgar había desmontado. Venía solo, sin ninguno de sus secuaces. Desde la puerta del rancho el "renco" contestó a sus gritos, dirigiéndose hacia el cuerpo que yacía sobre la tierra, rifle en mano.

—¡Intentaba robarle tu chica, Gord. Siempre te dije que este hombre no era de fiar. Esta noche estuvo a punto de conseguir lo que quería. ¡No deberías rodearte de individuos así!

—¿Dónde está Julie? —preguntó Gord Bulgar.

—Atada en el caballo. No se irá de allí... ¡Primero cuéntame lo que sucede.

Bulgar lanzó un juramento, rojo de ira. —¡Ese maldito Bain nos echó a perder el trabajo! Pero de todos modos conseguiré lo que busco... ¡Dentro de un mes esa mujer estará viviendo en esta casa!

—¡Claro... claro, muchacho! Y tendrás la hacienda más grande de todo Texas: Tú y yo... Porque no pensarás dejarme de lado en el reparto, ¿verdad?

Frank se dejó deslizar del techo, enfilando lentamente hacia la puerta, la furia reflejada en su rostro.

—¡Gord no tendrá oportunidad de dejar de lado a nadie! —gritó.

Los dos Bulgar saltaron como alcanzados por un rayo.

—Gord estará pronto bajo tierra, en lo alto de la colina —prosiguió diciendo Frank— ¡Y tú también, rencu maldito!

Fue el rencu quien lo sorprendió. Frank vigilaba a Gord, pensando que él sería el primero en reaccionar. Pero el tiro llevó la mano a la cartuchera, obligando a Frank a sacar el revólver y disparar. Le dio en la pierna sana, y el hombre cayó pesadamente por tierra.

Gord ya había desenfundado su arma, disparando contra Frank. El impacto lo empujó contra la puerta, y desde esa posición apuntó a su contrincante, derribándolo en un charco de sangre.

Débil y exhausto, Frank avanzó hacia el barril del agua. Julie se había dejado caer del techo y estaba allí, sollozando quedamente.

—No te preocupes por mí, Julie. ¡Soy demasiado duro para que me maten!

La muchacha se secaba los ojos con el dorso de la mano. Súbitamente lo tomó por un brazo para conducirlo cerca del haz de luz proveniente de la casa.

—¿Estás herido? —le preguntó, ansiosa, tuteándolo a su vez.

—Sólo en el hombro. —sonrió él — ¡No te preocupes!

—Déjame que te lave la sangre. ¡Debes ver al médico!

Olvidándose del dolor del hombro, Frank la atrajo contra su pecho. Los Bulgar estaban muertos, y ellos tenían por delante un porvenir de felicidad.

F I N

fantasía

AÑO XIV

Nº 24



EDITOR RESPONSABLE

COLUMBA

S. A. C. E. I. I. F. A.

SARMIENTO 1899 • T. E. 45-1145

BUENOS AIRES

Venta Interior y exterior: B. Bertrán
Independencia 1253

Venta Capital: Rubil Hermanos
Talcahuano 1146



Registro Nacional
No 767.963 de la
Propiedad Intelectual



Corre
Argentina
Central B.

Francos a Pagar
Concesión Nº 372
Tarifa Reducida
Concesión Nº 4844

GRATIS

ESTE LIBRO PARA USTED ¡PIDALO!

Estudie un curso y recibirá los materiales prácticos para aprender mejor.

Remita el cupón y le enviaremos GRATIS el libro de 88 páginas en colores "GUIA DE ENSEÑANZA", con los programas de los cursos que enseñamos desde 1923.

Estudiando
podrá triunfar
en su vida.

OBSEQUIOS:

- 1) Diccionario Castellano.
- 2) Gámet de Estudiante.
- 3) Bandera de Estudiante.



SUCURSALES

ROGARIO: Calle Entre
Ries 1438, Rosario (San-
ta Fe).

EXTERIOR: Uruguay,
Chile, Perú, Bolivia,
Colombia, Venezuela,
Brasil, Ecuador.



CURSOS QUE ENSEÑAMOS (por correo)

Tenador de Libros
Perito en Contab.
Secretario Comercial
Empleado de Comer.
Corresponsal Com.
Dibujo Artístico
Dibujo Arquitect.
Caric. o Hístor.
Dibujo Comercial
Técnico en Radio
Técnico en Televis.
Mecánico de Autos

Técnico Mecánico
Motores Diesel
Construcciones
Técnico Electricista
Téc. Hielad. Eléct.
Corte y Confección
Labores
Aritmética Comercial
Taquiografía
Periodismo
Armadoreo de Radio

... y 40 cursos más.

**HOY
MISMO
ENVIE
ESTE
CUPON**

ESCUELAS LATINO-AMERICANAS
ENSEÑANZA POR CORREO
Av. BOYACA 932 - Buenos Aires

Sírvase enviar este cupón y el libro "GUIA DE ENSEÑANZA".

NOMBRE _____
DOMICILIO _____
LOCALIDAD _____
CURSO QUE LE INTERESA _____
R.L.B. FANT

**ESCUELAS
LATINO AMERICANAS**
Av. BOYACA 932
BUENOS AIRES